LIBRO dot.com

OTRA MUJERCITA

LUISA M. ALCOTT



Digitalizado por LIBRO dot.com
http://www.librodot.com

LISBETH LLEGA A LA CIUDAD

-Tom, es hora de ir a la estación ...

Un sonoro bostezo se elevó desde el sofá donde se hallaba repantigado un muchacho de unos quince años, y una voz ahogada respondió:

-¡Te espero!

-¡No! ¡Yo no voy! Hace muy mal tiempo.

-¿Cómo?

La cabeza hirsuta del muchacho, coronada por enmarañados cabellos rojizos, surgió bruscamente de entre los cojines; sus ojos grises cargados de estupor se fijaron en la joven que, después de haber pronunciado aquellas inesperadas palabras volvió a hundirse en la lectura de una apasionante novela.

-¡Cómo! ¿Imaginas que voy a ir solo a la estación para esperar a tu amiga, una chica a quien jamás he visto?

La joven lectora no pareció alterarse ante la indignación de su hermano y, sin alzar la vista del libro, replicó con la mayor tranquilidad:

-No haces más que cumplir con tu deber, querido, y si no fueses tan descortés estarías encantado.

-Había aceptado acompañarte, Fanny, lo cual ya era mucho. ¡No se puede ser amable contigo; siempre abusas!

-¡Oh, Tom; no exageres, por favor! Lisbeth es el ser más amable que existe y nada arriesgas yendo a buscarla solo. Además, ya sabes cuánto insistió nuestra abuela para que la trates gentilmente. Es la ahijada del doctor March y ...

-¡Está bien, ya lo sé! Todos los días me repites dos veces la misma historia. El doctor March es aquel individuo que tuvo la desgracia de tener cuatro hijas, a las que educó tan bien que siempre nos las ponen como ejemplo. Su ahijada es también una especie de ángel y por eso tenemos que rendirle los honores de la ciudad ...

-¡No! ¡Sino porque la pobre Lisbeth jamás salió de su aldea! ¡Sabes que su madre es una viuda con cinco hijos y sin fortuna! Y no es esto una razón para que te retrases...

-Si tienes prisa en verla, ve a buscarla tú misma. ¡A mí, me sobra tiempo! ¡Cuando pienso que habrá que aguantarla durante un mes!

-¿Un mes? ¡Espero que se quede más! ¡Insistiré para que permanezca aquí todo el tiempo que sea posible! ¡Me gustaría que pase la Navidad con nosotros!

-Si intervengo yo puedes estar segura que se largará mucho antes, gruñó Tom, convencido de que una chica es sólo una porción superflua de la humanidad.

-¡Ojalá te oyese Granny!, replicó su hermana, empleando el cariñoso diminutivo con que los niños solían designar a su abuela.

Nada hubiera hecho admitir al joven Tom Shaw que el nombre de Granny ejercía alguna influencia en él, pero la amenaza de su

hermana tuvo un evidente efecto en su conducta. No se dio prisa alguna, sin embargo; alisó sus ropas, tomó su gorra y se dirigió hacia la puerta con paso desganado.

Ya dispuesto a salir y con la mano sobre el picaporte, se volvió y preguntó:

-.Cómo voy a reconocerla, puesto que jamás la vi?

A pesar de su aspecto bravucón, el muchacho parecía real mente angustiado, tan sólo de pensar que antes de hallar a la que buscaba tendría que enfrentarse con varias desconocidas.

-No es difícil.

Fanny echó mano de su última reserva de paciencia.

-Es algo menor que yo pero casi de la misma estatura. Tiene trece años, ojos azules, cabellos castaños... ¡Pero no te preocupes! Estará sola, se detendrá para buscarnos y te reconocerá ella misma. En mi última carta le describí cómo eres.

-¡Entonces no corro el riesgo de que acierte!, exclamó Tom mirándose rápidamente en el espejo, convencido de que su hermana era incapaz de valorar el mechón rojizo que adornaba su frente así como el encanto de la peculiar nariz que daba expresión a su rostro.

-¡Vete, Tom, por favor! Vas a llegar después del tren ... ,'.Qué pensará Lisbeth de mí?

-Pensará que te ocupas más de tus rizos que de tus amigas. r' habrá acertado.

Muy satisfecho de haber enunciado claramente esta verdad. Tom abandonó por fin la habitación, aunque con una lentitud que consideraba plena de dignidad.

Para asegurarse que su hermano estaba realmente resignado a ir a la estación, Fanny se acercó a la ventana y aumentó su fastidio verlo atravesar el jardín a paso de tortuga, arrastrando con los pies todas las hojas secas que el jardinero no había barrido todavía.

"Si yo fuese ministro -pensó- obligaría, por ley, a que todos los muchachos vivan encarcelados hasta la edad adulta".

Si en vez de reanudar la lectura de las cautivantes peripecias de su novela, Fanny hubiese seguido a su hermano con la mirada después que dobló la esquina, tal vez habría modificado el concepto que el muchacho le merecía, pues Tom, al saber que ya no lo vigilaban, cambió de comportamiento. Dejó de silbar, se quitó las manos de los bolsillos, echó su gorra hacia atrás y se apresuró cuanto le daban las piernas.

Llegó a la estación rojo como un lagostino y jadeante como un caballo de carrera, en el momento en que los primeros viajeros abandonaban el tren.

"Esa chica debe de estar vestida como todas y no parecerse a ninguna", pensó en principio; luego, cambiando de opinión, agregó: "¡Al contrario, por ser amiga de Fan deberá estar vestida como una excéntrica y parecer una presumida!"

Pero ninguna de esas dos conjeturas lo satisfizo. Por lo tanto, como un mártir esperando el suplicio, el pobre muchacho se puso a escudriñar el abundante flujo humano que desfilaba ante sus ojos.

Cada muchacha que veía le inspiraba temor y su corazón recomenzaba a latir sólo cuando comprobaba que la sospechosa estaba en compañía o que se dirigía decididamente a un lugar definido.

"¡Ahora sí, debe ser ella!"

La mirada de Tom se detuvo en una joven fastuosamente vestida, que llevaba un pequeñísimo sombrero en lo alto de un enorme moño y acababa de detenerse a un costado del andén con aspecto extraviado.

"¡Vamos!", se dijo Tom, y se dirigió apelando a toda su valentía hacia la elegante joven.

-¡Perdone! ¿Es usted, por ventura, la señorita Lisbeth Milton?

-¡No! ¡Claro que no!, replicó la desconocida con una mirada glacial que hizo huir a Tom.

"¿Dónde diablos estará?", se preguntó, reanudando su vigilancia. Pero de pronto se volvió al oír pasos apresurados a sus espaldas. Una joven acudía hacia él agitando la mano. Una mirada entre tímida y alegre le brillaba en los ojos azules mientras le preguntaba:

-¿Tú eres Tom, verdad?

-¡Sí! ¿Cómo lo sabes?, contestó Tom demasiado sorprendido para reparar que al responderle le estrechaba maquinalmente la mano, olvidando todo el previsto y temido ceremonial de este primer encuentro.

-¡Oh! ¡Era fácil! Fan me dijo que tienes cabellos rizados y una extraña nariz, que silbas sin cesar y usas una gorra gris echada sobre los ojos. ¡No vacilé un solo momento!

Lisbeth sonreía amablemente al hablarle y evitó, con toda cortesía, agregar "rojizos" después de cabellos, "respingada" después de nariz y "vieja" antes de gorra, calificativos que habían sido mencionados por Fanny y le habían ayudado mucho para reconocerlo.

-¿Dónde está tu equipaje?, preguntó Tom, en quien se hacía presente el sentimiento del deber, viendo que la joven le tendía su bolso sin que él le hubiese propuesto cargarlo.

-Entregué mi papeleta a un changador..., y aquí está.

Lisbeth se acercó a un hombre cargado con un baúl muy ordinario y Tom la siguió, un poco molesto por su falta de atenciones respecto a la invitada de su hermana; a pesar de todo, se le ocurrió llamar a un coche de alquiler.

Lisbeth trepó ágilmente y se dejó caer sobre el asiento con el aspecto regocijado de una colegiala en vacaciones exclamando:

-¡Adoro los paseos en coche! ¿Y tú?

-¡No!, respondió Tom, nuevamente poseído de timidez al verse encerrado con una chica dentro de los estrechos límites de un coche.

-¿Cómo está Fan? ¿Por qué no vino?

-Teme que la humedad perjudique sus rizos ...

-¡Y tú no temiste mojar los tuyos viniendo a buscarme! ... Es gentil de tu parte.

La frase pareció amable a Tom. Sus rizos rojizos eran uno de los puntos débiles de su vida y compararlos con los hermosos bucles castaños de su hermana constituía un notable elogio. Sin embargo, no

sabiendo qué contestar, inclinó la cabeza por la ventanilla y se obstinó en permanecer en esa postura sin ignorar que era una descortesía, hasta que Lisbeth le preguntó qué vigilaba tanto. Entonces, se apoderó de él el espíritu del mal.

-El cochero ha bebido demasiado, contestó aparentando tranquila resignación.

-¡Qué horror! ¿Está ebrio? ¡Bajemos en seguida! La calle está en declive. ¿Crees que no corremos peligro?

Lisbeth, asustada, pasó a su vez la cabeza por la portezuela.

-Si nos ocurriese algún percance, hay bastante gente para levantarnos. Pero tal vez sea prudente que yo me siente junto a él ...

Mientras decía esa horrible mentira, una sonrisa iluminaba el rostro de Tom y se alegraba tanto de haber encontrado ese espléndido motivo para escapar de allí que no experimentaba el menor remordimiento.

-¡Oh, por favor, si no tienes miedo, ve! Mamá se afligiría mucho si me sucediese algún accidente, susurró Lisbeth.

-¡No te preocupes! Me encargo del hombre y también de los caballos...

Tom abrió la portezuela y dejó a la pobre Lisbeth temblando de miedo en el interior mientras él se daba un atracón de maníes sentado en el pescante y conversando con el cochero perfectamente sobrio.

En cuanto Fanny oyó el coche, bajó corriendo la escalinata para recibir a su "querida Lisbeth". Tom se la entregó con estas elegantes palabras, pronunciadas en el tono de un cazador orgulloso de exhibir sus trofeos:

-¡Ya ves, te la he traído!, y desapareció en su cuarto, familiarmente denominado su guarida.

Lisbeth fue inmediatamente conducida por su amiga al primer piso de la casa.

-¿Estás fatigada? ¿No quieres descansar?

-¡De ninguna manera! El viaje no tuvo incidente, excepto ese cochero ebrio. Pero Tom supo poner las cosas en su lugar ...

-¡Vaya un cuento! ¡No estaba ebrio! Es un embuste de Tom para librarse de ti. No soporta a las chicas.

-¿Cómo? ¡A mí me pareció tan valiente, tan amable!

-Desconfía de él, querida; es un monstruo. Todos los muchachos son monstruos, pero éste es el peor de todos.

Lisbeth no preguntó más. La confianza que depositara en Tom quedó quebrantada -y habría de estarlo durante muchos años- e íntimamente decidió evitar todo trato con ese poco reconfortante personaje tan diferente de sus hermanos.

Fanny no notó el suspiro que su amiga trató de ahogar a este solo pensamiento. Sabía que algunos meses atrás Lisbeth había perdido un hermano mayor, Jimmy, pero no concebía que una chica estuviese apenada mucho tiempo por la muerte de un hermano. Además le quedaban dos más: Ned, el mayor de la familia, y Will, dos años menor, así como dos hermanas menores que ella. Fanny, que hubiese deseado ser hija única, solía atribuir sus propios sentimientos a los

demás y apenas preguntó a Lisbeth noticias de su familia.

Es muy probable que Lisbeth no lo notara, pues estaba demasiado absorbida en contemplar la habitación de Fanny, un hermoso cuarto blanco y rosado, que compartiría con su amiga todo el tiempo de su permanencia con ella. Lisbeth jamás había visto algo tan bonito.

Quedaba extasiada ante cada detalle mientras Fanny la escuchaba sonriendo con cierta condescendencia, pero también halagada.

-Me divierte pensar que nunca dormiste en una cama con cortinas o que no utilizaste una mesa de tocador adornada con satén, pero te ruego que no se te ocurra comentarlo delante de mis amigas.

-¿Por qué no?

-Porque te hallarían ridícula ...

-¡Ah!, exclamó Lisbeth, súbitamente molesta.

¿Acaso la gente de la ciudad la hallaría ridícula porque venía del campo? ¿Su pobreza sería motivo de desdén para esos ricos? Lisbeth no había pensado en todos esos problemas al aceptar tan alegremente la invitación de la familia Shaw, pero desde los primeros minutos de su llegada entrevió el riesgo y se esforzó de hacerle frente con toda la sencillez que sus padres le habían inculcado.

En ese momento se oyeron gritos procedentes del rellano. -Es Maud. Pasa todo su tiempo llorando, explicó Fanny. La puerta se abrió bruscamente y entró una niña de seis o siete años que, entre sollozos, exclamaba:

-¡Tom se burla de mí! ¡Hazlo callar!

Pero al ver a Lisbeth, el asombro interrumpió sus quejas. -¡Vete a jugar con la criada y déjanos tranquilas!, le dijo su hermana.

-No. Kate no quiere jugar conmigo y es necesario que alguien me entretenga porque soy huraña; lo dijo mamá ...

Lisbeth se echó a reír, mientras Maud, absorbida por sus ilusiones, repetía que estaba huraña, como si se hubiese tratado de una interesante enfermedad.

Kate vino a anunciar a Fanny que la modista le esperaba en el cuarto de vestir y aprovechó para llevarse consigo a la pretendida enferma cuyos gritos recomenzaron con creciente ímpetu. -Vas a aburrirte si te quedas aquí, sola, mientras me pruebo el vestido. ¿Quieres venir conmigo?, le dijo Fanny.

-Tengo muchos deseos de ver a tu abuela. ¿Podría ser ahora?

-¡Por cierto! Debí pensarlo antes... ¡Perdóname! Granny debe estar en la sala. Ella también está ansiosa por conocerte.

Cuando Lisbeth entró en la amplia habitación, la halló desierta. Junto al hogar, un enorme sillón de terciopelo parecía esperar a alguien, y la joven, inmóvil en la orilla de la alfombra, sin atreverse a dar un paso, permaneció largo rato contemplando ese simple mueble.

Ella sabía que la madre del señor Shaw, a quien toda la familia denominaba Granny con veneración y ternura, era una anciana dama, llena de indulgencia y comprensión. Inmovilizada por la edad, pasaba días enteros en ese sillón cosiendo o tejiendo labores destinadas a los pobres, sin conceder importancia a los reproches que su nuera le dirigía por esa tarea tan' poco distinguida, según decía ésta.

Como el sillón seguía vacío y la habitación silenciosa, Lisbeth comenzó a andar de un lado a otro, y halló muchos bellos objetos que le llamaron la atención. Según su costumbre, canturreaba a media voz, descuidadamente; de pronto, una exclamación brotó detrás de ella haciéndola sobresaltar.

-¡Qué hermosa canción! ¡Sigue, por favor!

Y la cabeza de Tom, aureolada por sus cabellos rojizos, asomó por encima del alto respaldo de la silla tras la que se ocultaba.

-¡Oh, me asustaste! ¡Es una estupidez! ¿Qué haces ahí?, exclamó Lisbeth poniéndose pálida.

-Al verte entrar me escondí para no molestarte, pero el encanto de tu voz me hizo salir de mi escondite.

-Te burlas de mí, empezó a decir Lisbeth, esforzándose por tomar una actitud desagradable, de acuerdo con las instrucciones de Fanny, aunque reconocía que la broma de Tom era muy inocente.

El muchacho estalló en ruidosas carcajadas, cuya vulgaridad habría escandalizado a su hermana, pero se interrumpió de golpe cuando el crujido de un vestido de seda se hizo sentir desde la escalera.

-¡Aquí viene Granny!, exclamó dispuesto a escapar.

Menuda y digna en su vestido negro, con la cabeza cubierta por una imponente cofia de encajes, la anciana dama entró en la sala y al ver a Lisbeth se adelantó tendiéndole las manos.

-Espero que este muchacho endemoniado no te moleste, exclamó.

Tom desapareció sin hacer ruido y Lisbeth, muy intimidada, balbuceó algunas palabras de cortesía.

-¡Mucho me alegro conocerte, pequeña!, pero temo que no te halles cómoda en esta casa, dijo Granny, sentándose en su sillón.

-No lo creo, señora ...

-Tu padrino me habló tan bien de ti, que hace mucho tiempo deseaba tu llegada. Es un gran placer para mí ver por fin a una verdadera niña...

-Tiene usted a Fanny y a Maud ...

-Fanny es una pequeña presuntuosa y Maud una chiquilla mal criada. No hablemos de ellas. ¿Cómo está tu padrino, querida?

La imponente cofia intimidaba todavía a Lisbeth, pero los labios y los ojos grises de Granny sonreían con tanta dulzura que la niña se sintió en seguida a sus anchas. Por fin, pudo hablar alegremente de los seres que amaba y cuya ausencia empezaba a sentir. La anciana señora Shaw era una amiga de la infancia del doctor March, tenía su mismo concepto de la vida, y Lisbeth hallaba en sus frases una idéntica manera de juzgar a las personas y a las cosas. La conversación que tuvieron esa tarde fue el mejor momento de aquel primer día de una permanencia que dejaba prever muchas dificultades. En adelante, Lisbeth acudiría siempre a Granny para obtener consuelo cuando lo necesitase.

Lamentablemente, la hora del té llegó demasiado pronto, poniendo fin a este grato coloquio. Lisbeth conoció entonces a los otros miembros de la familia Shaw. El padre, con su severo y preocupado

aspecto de hombre de negocios, la atemorizó por su frialdad. La madre, siempre enfermiza, había bajado al comedor en honor de Lisbeth, pero se veía que el cuidado de su, salud la absorbía mucho más que la instrucción de su hijo o la educación de sus hijas. Entre tales ' padres, tan diferentes y distantes, no era de sorprenderse que los tres hijos fuesen lo que eran, tales como Granny los había definido con tanto acierto.

Antes de terminar la merienda, Lisbeth, incómoda, se preguntaba qué razón tenía su padrino en insistir para que viniese a pasar un tiempo con esta familia tan distinta de la suya. Ser rica y vivir en la ciudad le había parecido siempre envidiable, pero ahora comprobaba que eran mucho más apreciables los vínculos afectivos que unían a los miembros de su propia familia y que parecían no existir en el hogar de los Shaw.

LA ULTIMA MODA

Fanny, abandonada a sí misma, enfocaba sus estudios de manera completamente arbitraria, y las únicas clases a que asistía con cierta regularidad eran las de francés y las de música. El martes siguiente a la llegada de Lisbeth le dijo mientras terminaban de desayunar:

-Vistámonos a prisa y con elegancia. Hoy iré a la escuela y te llevaré conmigo.

-Con gusto. Pero, ¿qué necesidad tenemos de vestirnos con elegancia? Estás bien así ...

-¡Oh, no! Después de la clase pasearemos con algunas amigas y me agradaría que tú también te esmeres en tu vestir. ¿Es ése el único sombrero que tienes?

-¡ No! Tengo uno con una pluma ... Me lo pondré ...

Las dos horas de clase parecieron largas a Lisbeth, que se encontraba incómoda en ese grupo de jóvenes vestidas como figurines, que charlaban como cotorras, adoptaban expresiones y posturas de circunstancia cada vez que el profesor las interrogaba, y que el resto del tiempo la escudriñaban como si ella fuese un habitante de la Luna recién llegada a la Tierra.

-Triz, Bella y yo hemos decidido almorzar juntas. ¿Quieres venir con nosotras?, le preguntó Fanny cuando la clase terminó.

Triz, apodo de Beatriz, era la más presuntuosa y vocinglera de todo ese grupo de chicas parlanchinas. En cuanto la vio, Lisbeth sintió deseos de huir, pero no se atrevió a rechazar la invitación de Fanny y acompañó a las tres amigas a una confitería de moda.

Un joven muy elegante que entró en el salón de té colmó inmediatamente el entusiasmo de las chicas, y decidieron aceptar su compañía para hacer lo que ellas llamaban un "paseo". Este paseo fue para Lisbeth un largo y penoso recorrido ostentador por la calle más concurrida de la ciudad, y no le produjo ningún placer.

Cuando llegó la hora de las clases de la tarde, Bella y Triz regresaron a los cursos, pero Fanny prosiguió su paseo tomada del brazo del elegante caballero quien ya sólo la miraba a ella. Lisbeth los seguía a una distancia de algunos pasos, tratando de distraerse en mirar los escaparates. De pronto Fanny, recordando su presencia, le propuso visitar una exposición de cuadros. Lisbeth aceptó gozosa, esperando hallar así motivos para una conversación interesante, pero en cuanto entraron Fanny y el joven se sentaron en un sofá de terciopelo rojo, dejándola en libertad para contemplar sola las telas expuestas.

Cuando Fanny se levantó, por fin, vio un mudo reproche en 'a expresión de desagrado de su amiga y se despidió apresuradamente del caballero.

Al llegar a la calle y deslizando amistosamente su mano en el manguito de Lisbeth, le dijo en tono de confidencia:

-Ahora, querida, te ruego que no digas una palabra en casa respecto a Frank Moore. Papá se pondría furioso; sin embargo no hay en ello nada malo. Frank no me interesa. Ama a Beatriz, pero riñeron y para vengarse quiere provocar sus celos saliendo conmigo. Lo reñí como se merece y me prometió reconciliarse con Triz. Esta tarde nos encontraremos todos en el concierto, y, ya verás, será muy divertido ...

-No estoy muy segura de ello, murmuró Lisbeth.

-¡No te hagas la nena! Nada de eso te importa y te limitarás a escuchar la música sin preocuparte por saber lo que los demás puedan pensar o decir.

-Acepto. Pero, ¿por qué a escondidas de tu familia?

-Mamá está al corriente y no lo censura ... ¿No dirás una palabra, verdad?

-Está bien, respondió Lisbeth, convencida de que Fanny no quería engañar a su padre ya que su madre estaba de acuerdo.

Sin embargo, hacia las cinco de la tarde se sorprendió cuando la señora Shaw, viendo que su hija se disponía a salir, le preguntó: "¿Con quién vas a ese concierto?", y Fanny le contestó simplemente: "¡Con Lisbeth!". Iba a decirle algo al respecto, pero Fanny deslizó su brazo bajo el suyo y agregó riendo:

-Si nos encontramos con alguien que nos acompañe, no tengo la culpa, ¿verdad?

-Eres libre de negarte .... comentó Lisbeth.

-¡Sería descortés! ¡Oh! Ahí viene Gus, el hermano de Bella. Nunca pierde un concierto ... ¿Estoy bien peinada? ¿Está bien puesto mi sombrero?

Antes que Lisbeth pudiese contestar, Gus estaba junto a ellas y Lisbeth se encontró nuevamente caminando detrás de la pareja y encontrando esta salida mucho menos "divertida" de lo que Fanny le había prometido.

No obstante, como a- Lisbeth le agradaba mucho la música y tenía pocas oportunidades de asistir a conciertos, se regocijaba de estar en esa sala y se disponía a no perder una nota; lamentablemente, comprobó que la mayoría de los asistentes no dejaban de murmurar

durante la ejecución de los trozos. Bella, Fanny, Triz, con Gus y Frank, eran de los conversadores más animados, y el placer de Lisbeth se vio disminuido por la inoportuna cháchara.

Cuando terminó el concierto había anochecido y Lisbeth, al subir al coche de los Shaw que las esperaba a la salida, exclamó aliviada

-¡Me alegro que esos muchachos se fueran! ¡Ya no soportaba oírlos cotorrear sin respetar una música tan bella!

-¿Cuál te gusta más?, le preguntó Fanny ávidamente, adop

tando una expresión de asombro y de cierta superioridad. -El que hacía menos aspavientos y hablaba menos. ¿Cómo lo llamas? ¿Syd?

-¡Sí! Arturo Sidney. Es el mayor, tiene casi veinte años.

-Eso no tiene importancia. Fue amable conmigo y levantó mi manguito cuando lo dejé caer. Los otros no parecían siquiera notar mi presencia.

-Te tomaron por una niña ...

-Ya sé que yo todavía lo parezco, pero no es una razón para ser tan descortés...

-¡No comprendo cómo te quejas de la descortesía de esos jóvenes que son muy correctos, por más que lo niegues, y en cambio admites la de Tom que es un verdadero patán!

-Tom es un chico y se conduce como tal. No se le puede reprochar. Prefiero mil veces sus modales bruscos que esos ...

El final de la frase de Lisbeth ciertamente no habría sido elogioso para los amigos de Fanny, pero no tuvo tiempo de pronunciarlo. Un sonoro quiquiriquí brotó de debajo del asiento del coche y la cabeza pelirroja de Tom se irguió de pronto, congestionada por deseos de reír reprimidos durante demasiado tiempo, radiante del éxito de su broma y pareciendo esperar elogios.

-¿Oíste lo que dijimos?, preguntó Fanny, molesta.

-¡No perdí una sola palabra!

-Y vas a correr a repetir todo ...

-Tal vez sí..., tal vez no ... Todavía no sé. ¡Me hubiera gustado que papá estuviese en mi lugar para verte salir del brazo de ese mequetrefe! ¡Quisiera decírselo sólo para ver la cara que pone! ¡En todo caso no diré nada referente a Lisbeth, porque salió sola y acaba de defenderme!

-¡Tom! ¡Quiero hacer un trato contigo! Si sabes callar y no presumes de conocer mis secretos, que sorprendiste de manera tan mezquina, insistiré para que papá te regale la bicicleta que tanto deseas.

-¿Harías eso, tú?

-Sí. Y Lisbeth me ayudará.

-Preferiría que no me mezcles en este asunto, murmuró Lisbeth quien, una vez más, trató de hacer comprender a su amiga la conveniencia de decir la verdad a su padre, y arguyó ron tanto ardor que el mismo Tom se puso de su parte.

-Sabes muy bien que hiciste algo prohibido. Yo no quiero venderte mi silencio ni aun por un velocípedo. Diré todo a papá ... Tiene derecho a saber ...

-¿Y si te prometo que nunca más lo haré?, imploró Fanny. ya sin

argumentos.

-En ese caso, es diferente. Puedo vigilarte mucho mejor que papá. Y me encargaré de hacerlo. Pero en cuanto reincidas. ¡te juro que nada me impedirá soltar la presa!

PEQUEÑOS INCONVENIENTES

Lisbeth comprendió en seguida que había entrado en un mundo nuevo, un mundo donde la conducta y las costumbres de las personas diferían totalmente de las que había conocido hasta entonces.

La permanencia con los Shaw, que desde lejos había parecido tan atrayente a Lisbeth, se convertía en una decepción; pero la joven era demasiado correcta para quejarse. Callaba sus lamentos, ni siquiera los confesaba en las cartas a su familia y sólo confiaba sus penas a su diario íntimo, que escribía con regularidad.

Un atardecer se sintió tan cansada de holgar, que decidió salir a pasear sola.

En la colina, algunas niñas se divertían deslizándose con sus trineos. Verdaderas niñas, con gorros de lana, calzados de goma y mitones.

Sin pensar en las objeciones que Fanny pudiese oponer si se enteraba, Lisbeth se sintió atraída por las pequeñas. Muy

tentada de compartir sus juegos, se detuvo, pero vacilaba en acercárseles. El destino se puso de su parte: una chiquilla cuyo rostro asustado emergía de un gorro rojo ceñido sobre sus bucles rubios pasó ante ella diciendo:

-Quisiera bajar esta loma pero es muy empinada para mí y tengo miedo.

-Préstame tu trineo y siéntate delante de mí, que yo te haré bajar.

La niña aceptó y Lisbeth, dando un vistazo en su torno, se aseguró de que no la veía ninguna mirada indiscreta. Instalóse entonces en el trineo con su pasajera, dejándose llevar por la alegría de sentirse impulsada a toda velocidad.

Después de la niña de rojo, otra de azul solicitó su ayuda, luego otra, y otra más ... A todas hizo recorrer la difícil loma, en ebriedad de alegría, de sol y de risas.

En agradecimiento, las niñas le cedieron un trineo a fin de que pudiese hacer una bajada ella sola.

Con las mejillas encendidas y el cabello en desorden, subía de vuelta la loma cuando oyó detrás de ella un silbido familiar. Volviendo la cabeza vio a Tom que arrastraba su propio trineo y la miraba tan sorprendido como si la viese montada en un elefante.

-¡Hola, Lisbeth! ¿Qué diría Fanny si te viese así?

-¡No lo sé ni me importa! ¡Me gusta este deporte y ya que se me presenta la ocasión de practicarlo, la aprovecho! ¡Déjame pasar!

-¡Bravo, Lisbeth! ¡Te ganaste un punto!

Y arrojándose de bruces sobre su trineo, Tom se lanzó tras ella en una bajada tan veloz que la alcanzó en el momento en que Lisbeth frenaba junto al sendero al pie de la loma.

-¿Contarás todo esto al volver a casa?, le preguntó Tom.

-Si me preguntan qué hice, lo diré, y de lo contrario callaré. Sé que a mi mamá no le parecería mal, pero no quiero incomodar a la tuya hablándole de esto. ¿Crees que estoy equivocada?

-Por supuesto que no, y yo tampoco lo diré si quieres que me calle ... Ahora ven conmigo y empecemos otra vez ...

-Una sola vez; las chicas Toleren irse y debo devolverles el trineo.

-Devuélveselo en seguida. Vale poco ... Y ven sobre el mío; es mucho mejor, vas a ver.

Subieron juntos la loma y la bajaron, Lisbeth sentada delante de Tom, que iba en una peligrosa posición inventada por él. Después de esta bajada hicieron otra, y una tercera. Tom, en su elemento, hablaba y reía; Lisbeth, olvidando su timidez, le contestaba y bromeaba con él.

El juego duró hasta el momento en que el sol se ocultó `ras el horizonte.

Regresaron charlando como viejos amigos y apenas tuvieron tiempo de peinarse rápidamente antes de ir a la sala donde ya estaba reunida toda la familia.

-¡Tienes la nariz roja como una- frambuesa!, exclamó Fanny levantándose del sillón en el que se arrellanaba desde las dos de la tarde, cautivada por la lectura de una interesante novela.

-Es exacto, pero me divertí mucho .... dijo Lisbeth cerrando un ojo para mirar su desastrosa nariz.

-¿Fuiste sola?, preguntó Granny.

-Sí, señora, pero encontré a Tom y regresamos juntos, respondió Lisbeth mirando a su compañero con maliciosa complicidad.

-¡Después de haber bajado muchas veces la loma en trineo! Volví con Blanca y los vi a los dos, intervino Maud, siempre feliz de demostrar que estaba bien informada.

-¡Oh! ¡No puede ser! ¡No hiciste semejante cosa!

-Sí, la hice, y no lo lamento, replicó Lisbeth, ansiosa pero resuelta.

-Espero que nadie te haya visto.

Tom intercedió galantemente en auxilio de Lisbeth y, buscando una aliada, se dirigió a Granny:

-¿No hicimos algo malo, verdad?

Granny sonrió y miró a Lisbeth.

-Sólo lamento que no hayas llevado a Maud contigo. Espero que la próxima vez pensarás en ello.

El señor Shaw, sumido hasta ese momento en la lectura de un periódico que parecía absorber toda su atención, levantó la cabeza aliviado. Tal vez no se habría atrevido a decir que aprobaba ese género de diversiones, pero como ya estaba dicho. agregó que le agradaría que, en muchos casos, sus hijas siguiesen el ejemplo de Lisbeth.

Ésta, ruborizándose, le agradeció con voz emocionada y miró con complicidad a Tom quien, en respuesta, le trasmitió por señas: "Todo

va bien", y se echó sobre el plato de masas con el apetito de un lobato.

Ningún detalle de esta silenciosa comunicación había escapado a Fanny. Sonrió, e inclinándose hacia Lisbeth le susurró al oído:

-¿Conque flirteas con Tom, ahora? ¡Tapujona!

-¿Qué estás diciendo?

Lisbeth, atónita, se preguntaba si había comprendido bien, pero Fanny desvió la conversación con tanta rapidez que no le quedaron dudas.

Lisbeth no volvió a pronunciar una sola palabra durante todo el tiempo del té y luego se apresuró a refugiarse en su cuarto. Sentía la necesidad de sentirse un instante a solas para reflexionar acerca del incidente, pero Tom la detuvo en la escalera. Temiendo una de sus bromas habituales, Lisbeth se sentó en uno de los peldaños cubriéndose los pies con su falda para ponerlos fuera del alcance del muchacho. Tom se echó a reír.

-No quería molestarte. Solamente deseaba preguntarte si tienes deseos de venir conmigo mañana para hacer otro paseo en trineo.

-No. ¡Es imposible!

-¿Por qué? ¿Estás enojada?

Tom la miraba, incapaz de comprender las razones de este cambio imprevisto.

-No estoy enojada, pero no iré más. A Fanny no le agrada.

-Creí que eras más razonable que las demás chicas. Pues me equivoqué. Eres una cobarde que tiembla del qué dirán.

-No soy una cobarde, murmuró Lisbeth, que hubiera querido justificarse pero no sabía cómo hacerlo. Tom, convencido de que estaba acertado, volvió a repetirle el desagradable calificativo y se alejó con un aire tan desdeñoso que la pobre chica sintió las lágrimas anegarle los ojos.

Se encerró en su cuarto golpeando la puerta detrás de sí.

"¡Es una verdadera tontería!", exclamó, "justo en el momento en que se mostraba amable conmigo! Si el señor Shaw o Granny sospechan lo mismo que Fanny, creerán que soy una descocada. ¡Prefiero que Tom suponga que tengo miedo ! ¡Oh, jamás vi gente tan ridícula!"

Otros problemas vinieron a agregarse a aquéllos. Los primeros y más angustiosos fueron las preocupaciones que le causaron sus ropas. Nadie se lo dijo, pero ahora sabía que eran demasiado sencillas y prácticas para convenir a su nueva vida. Por primera vez en su vida, pensó seriamente en que los cabellos recogidos le quedarían mejor que sus largos rizos caídos sobre los hombros.

Calló cuidadosamente sus penas, pero Fanny las adivinó, sin duda, pues un día en que salieron juntas para hacer compras, le dijo con la mayor seriedad:

-Hay una cosa que deberías comprar ... ¡Zapatos tornasolados!

-¿Para qué, si tengo otros?

-Porque están de moda y toda la gente los usa. Nunca parecerás correctamente vestida sin ellos. Yo me voy a comprar un par. ¿No quieres hacer otro tanto?

-¿Son muy caros?

-Unos ocho o nueve dólares ... Pero si no tienes bastante dinero, puedo prestarte.

-Mamá me dio cinco dólares, y mi padrino otro tanto. Puedo hacer lo que me plazca, aunque tenía la intención de comprar regalos para toda mi familia.

-Podrás comprar regalos muy baratos que les agradarán lo mismo. Cómprate primero esos zapatos.

Lisbeth echó un último vistazo a los elegantes tacones, a la fina capellada, al atrayente color de esos zapatos y su coquetería venció.

Más tarde, ya de regreso, se arrepintió de esa compra inútil que le impedía comprar los regalos que se había propuesto llevar: patines para Ned, un atril para Will, una muñeca para Kitty, guantes para Polly, un cuello para mamá... ¡Qué larga era esa lista que jamás podría satisfacer!

Sus bonitos calzados brillaban en sus pies con áureos reflejos como burlándose de ella. Se los quitó, se puso zapatillas y fue a confiar sus penas a Granny.

Pero ésta era realmente una maravillosa anciana; encontró en seguida un remedio que consoló a Lisbeth y la reconcilió con sus pobres zapatos; le propuso ayudarla a fabricar ella misma tantos regalos como había previsto comprar y no le faltaban ideas, tanto acerca de la manera de hacerlos como respecto a los materiales muy económicos que podía emplear.

La noche de la fiesta de Fanny, Lisbeth lució y admiró sin remordimientos los hermosos zapatos tornasolados que asomaban bajo el ruedo de su vestido porque sabía que allá arriba, dentro de su baúl, ya había un polichinela, un par de mitones y una cartera de cuero, que esperaban ser remitidos a sus destinatarios, y que pronto les seguirían otros regalos.

Aunque lo ignoraba, Lisbeth poseía la facultad de descubrir los sufrimientos ajenos y no podía evitar el aliviarlos. Al poco tiempo de vivir en la ciudad sospechó que el señor Shaw, cuya mayor preocupación era asegurar el bienestar de los suyos, llevaba una existencia de ardua labor que no le era recompensada por ningún gesto afectuoso en la intimidad del hogar.

Se le ocurrió -nadie lo había hecho hasta ahora- que colocar sus pantuflas junto a la chimenea un rato antes de la hora de su regreso e ir a aguardarlo a la entrada del parque serían pequeñas manifestaciones de simpatía que le agradarían. Asimismo, lo acompañaba cada mañana hasta la calle, deslizándole su manecita bajo el brazo y saludándolo con un afectuoso "hasta luego" cuando se marchaba.

Al principio, el señor Shaw no prestó mucha atención a tales expresiones de amistad, pero un atardecer, al no hallar la familiar silueta de Lisbeth esperándolo, experimentó una decepción que le hizo comprender hasta qué punto se había acostumbrado a su presencia. "Quisiera que mi Fanny fuese como ella", se decía a veces mirando a Lisbeth, mientras todos lo suponían sumido en profundas

meditaciones acerca de la situación comercial o de la política internacional.

Pero Fanny no podía adivinar el deseo de su padre. Seguía tratándolo con su habitual indiferencia, fundada en una larga costumbre de temor y de respeto que no alentaba ternura.

Tampoco tenía ningún impulso cariñoso con su madre. Enferma y' casi siempre guardando cama, dominada por frecuentes caprichos, la señora Shaw molestaba a su hija y ésta le rehuía. Lisbeth, en cambio, hallaba todos los medios de demostrarle su afecto y la pobre mujer gustaba sentir junto a ella esa presencia tranquila y sonriente, siempre dispuesta a prepararle alegremente sus medicamentos, leerle algunas páginas o correr con premura a llevar un recado o hacer una compra.

Sus relaciones con Tom era uno de los problemas que más la afectaban. El humor cambiante del muchacho era tal que de pronto parecía una fiera, o bien un tierno hermano. Lisbeth, siempre desorientada, jamás sabía qué pensar de él y de no haber sido por su inalterable paciencia habría renunciado ciertamente a hablarle.

-¿Qué ocurre? ¿Te dieron deberes demasiado difíciles?, le preguntó una tarde oyéndole suspirar profundamente detrás de la pila de libros que lo parapetaba mientras cumplía sus tareas escolares.

-Régulo era un tipo simpático, pero nos lo convierten en horroroso ... , respondió Tom asomando por encima de su barricada una cabeza hirsuta sostenida por dos manos cuya presión parecía necesaria para impedir que estallara.

-Me gusta el latín y me las componía bastante bien en la época en que estudiaba con Jimmy. ¿Puedo ayudarte?, insinuó Lisbeth gentilmente.

-¿Tú? Desconfío del latín de las chicas...

Lisbeth, acostumbrada a sus respuestas poco elegantes, no se molestó y se inclinó sobre la borroneada página donde naufragaba la ciencia de Tom. Leyó el texto en voz alta y lo tradujo con tanto acierto que Tom la consideró durante un momento con respetuosa admiración. Pero se retractó en seguida.

-Eres una farsante. Estudias mis lecciones de antemano para impresionarme con tu sabiduría ... ¡Pero no me engañas! Saltea algunas páginas y traduce más adelante ... ¡Veremos el resultado!

Lisbeth sonrió, intentó la prueba y salió aún más airosa.

-Estudié este libro íntegro. Te será difícil hacerme caer..., dijo riendo.

-¿Es posible?, murmuró Tom con creciente sorpresa.

-Papá me había aconsejado estudiar latín con Jimmy, y este libro figuraba en el programa del año pasado. Si quieres, te ayudaré.

-¡Con gusto!, declaró Tom mientras instalaba su gran libro abierto entre ambos.

Terminaron rápidamente la terrible versión y llegaron a las reglas gramaticales que Lisbeth había olvidado. Ambos se pusieron a estudiar en voz alta, cada cual por su parte, tapándose los oídos y, por lo tanto ninguno de los dos oyó el eco apagado de los pasos de alguien

que se acercaba cautelosamente. En cambio, oyeron sonoros aplausos que les hicieron levantar la cabeza. Volviéronse con expresión asustada y pudieron ver al señor Shaw, de pie detrás de ellos, que batía alegremente las palmas.

Tom, atónito, no supo qué decir, pero Lisbeth se adelantó hacia el recién llegado y saltando de alegría exclamó:

-¿Verdad que Tom estudia bien? ¿No merece su bicicleta?

El señor Shaw se echó a reír.

-Vas muy de prisa, mi pequeña Lisbeth, pero Tom anda por buen camino. Si aprende tres lecciones más de latín con el mismo estusiasmo, no podré negársela.

Tom estaba asombrado. Jamás hubiera creído que la temible severidad de su padre pudiese ser vencida con tan poca cosa, pero dos días más tarde se sorprendió mucho más aún, cuando al regresar de la escuela descubrió en el jardín una bicicleta nueva esperando a su dueño.

Durante algunos días consagró todos sus momentos de ocio a misteriosos y solitarios ejercicios, en el fondo del jardín; allí, lejos de las miradas burlonas, trataba de familiarizarse con el difícil manejo de esta máquina, objeto de tantos sueños.

Y llegó el día en que se sintió con fuerzas para mostrarse en público. Invitó entonces a Lisbeth a salir a la calle para hacerle admirar su habilidad. La niña, acompañada de Maud, aceptó con verdadero gozo y Tom se exhibió ante ellas en una serie de ejercicios descomunales, el último de los cuales estuvo a punto de poner un final definitivo a las proezas del joven acróbata. Éste bajaba la loma con las piernas separadas y los brazos en alto con sorprendente estilo que lo hacía asemejarse a un bólido enloquecido; en ese instante, un enorme perro negro surgió súbitamente de un camino trasversal haciendo saltar por los aires al ciclista y a su máquina.

Lisbeth acudió riendo al lugar del accidente, pero dejó (le hacerlo al ver a Tom inmóvil en el suelo, con el rostro pálido, sus grandes ojos abierto., sin expresión y gotas de sangre que le brotaban de una herida en la frente.

El dueño del perro, llegado al mismo tiempo que ella, ayudó al muchacho a levantarse. Pero no podía mantenerse en pie y volvió a caer sobre la hierba que orillaba la zanja lateral. Lisbeth limpiándole con su pañuelo la sangre de la frente, preguntaba al herido con voz patética si vivía aún.

Esta demostración de simpatía hizo sonreír a Tom que volvía poco a poco en sí.

-No asustes a mamá. No es nada, le dijo. Y mirando con angustia su bicicleta, agregó: "Está más enferma que yo".

-Ya sabía yo que terminaría mal con esa máquina. Déjala en paz y volvamos a casa. Tu herida sangra terriblemente y toda la gente nos mira, le murmuró Lisbeth al oído.

El médico, llamado con urgencia, declaró que era necesario coser inmediata mente el tajo.

-¿Hay alguien que pueda sostener la cabeza del herido?. preguntó

mientras enhebraba una pequeña y extraña aguja.

-Quiero que sea Lisbeth, si no tiene miedo, expresó Tom con una mirada cargada de desesperación, pues la idea de que iban a hacerle esas puntadas no lo seducía mucho.

Lisbeth sintió deseos de huir gritando "¡No puedo!", pero recordó que una vez Tom la había tratado de cobarde. Se sobrepuso, pues, y acercándose al sofá donde estaba recostado el muchacho, le apoyó una de sus manos sobre cada sien.

-¡Eres un hermano, Lisbeth!, murmuró Tom.

Luego apretó los dientes, crispó los puños y soportó con valentía la operación. En menos de dos minutos todo había terminado, y cuando Tom, después de haber bebido un trago de licor, se encontró confortablemente acostado en su cama, experimentó un verdadero bienestar a pesar del lacerante dolor que le martillaba las sienes.

Tom permaneció una semana inmóvil, con la cabeza envuelta en un vendaje que le confería un aspecto muy interesante. El médico dijo que si la herida hubiese tenido lugar pocos centímetros más cerca de la sien habría sido mortal. Al pensar en esa posibilidad, todos le hicieron objeto de sus más solícitos cuidados, mimándolo, acariciándolo, consolándolo.

Su padre le preguntaba diez veces por día cómo se sentía, su madre recordaba a cada instante el terrible accidente que podría haberla privado de su hijo, su abuela multiplicaba para él sus palabras cariñosas y las azucaradas golosinas. En cuanto a las chicas, lo cuidaban como abnegadas esclavas.

Este desacostumbrado régimen de vida tuvo por consecuencia un resultado maravilloso: Tom, el descuidado, Tom, el rechazado, se mostró tan satisfecho de este nuevo estado de cosas que se volvió amable, paciente, atento y cortés con todos.

UN RAMO DE CAMELIAS

Las buenas resoluciones de Tom sólo duraron el tiempo de su convalecencia. Apenas estuvo repuesto, volvió a ser el de antes: discutía con sus hermanas y hostigaba a Lisbeth. Cuando se acordaba de su herida era para conseguir lo que quería, pues llegó a descubrir muy pronto que una cabeza rota suele ser mucho más útil que una cabeza intacta, permitiéndole obtener cualquier cosa por lástima.

Para Lisbeth, el ambiente volvió a ser tan desagradable como en los primeros tiempos de su permanencia en la casa de sus amigos, y menos favorable aún debido a un incidente que ocurrió varios días después, por culpa de ella; un pequeño incidente tonto que Fanny denominó "la necedad de Lisbeth" y que demoró mucho en perdonarle.

Todo comenzó una tarde, en el momento en que el señor Shaw acababa de regresar y Lisbeth le ayudaba a quitarse el sobretodo. En este momento, la campanilla de la entrada sonó de manera

imprevisible. Lisbeth, que no lograba adaptarse a las costumbres ciudadanas, acudió a la puerta y se encontró cargada con un magnífico ramo de camelias. El señor Shaw rió al verla así y le dirigió unas chanzas. La joven, con toda la inocencia de su alma, confesó tranquilamente:

-Estas flores no son para mí sino para Fan. Debe ser Frank quien se las envía.

La risa se borró de los labios del señor Shaw quien, enfadado, tomó el sobrecito blanco prendido entre las ramas. Lisbeth imaginó que semejante gesto no sería aprobado por Fanny, pero no se atrevió a hacérselo notar, tanto menos por cuanto el rostro del señor Shaw adquiría una expresión de creciente enojo, pues el remitente había tenido la peregrina idea de escribir en la tarjeta unos versos (pie distaban de complacer al imprevisto lector.

-¡Que estupidez! ¿Estabas al corriente de esta tontería, Lisbeth?

Súbitamente turbada al recordar la promesa que hizo la tarde del concierto, la niña murmuró:

-Yo ... Yo no sé. ¡Fanny no hizo algo malo, estoy segura! ¡Y también estoy segura que habría hecho mejor con callarme!

-¡Dile a Fanny que baje en seguida a mi escritorio!, ordenó el señor Shaw.

Lisbeth obedeció y mientras subía la escalera lamentaba que Fanny tuviese secretos para su padre y que ella misma no hubiese sabido defenderlos mejor.

Fanny se indignó al enterarse del incidente y demostró a Lisbeth cuán fácilmente podría haberle ahorrado el disgusto diciendo que esas flores eran para ella.

-¡Pero habría sido una mentira!, exclamó Lisbeth irritada.

-No te hagas la tonta. Me pusiste en un enredo, y tienes que sacarme de él.

-Lo haré si puedo, pero no mentiré, ni siquiera por ti.

Cuando entraron en el escritorio del señor Shaw, éste se encontraba de pie frente a la chimenea, con el entrecejo fruncido y la expresión amenazadora. El ramo de camelias yacía sobre luna mesa y a su lado se veía un sobre en el que una mano enérgica había trazado el nombre de Frank Moore v su domicilio.

-Pongo punto final a esta estúpida correspondencia. Y si llego a enterarme de que todo no ha terminado entre Frank v tú, te enviaré como pupila a ¡n convento en Canadá.

El anuncio de tal castigo dejó atónita a Lisbeth, pero no era la primera vez que Fanny lo oía y ésta se inmutó mucho menos.

-Nada malo hice, y no puedo impedir que los muchachos me manden flores, como lo hacen con todas las chicas. Además, casi nunca veo a Frank.

-¿Es verdad?, preguntó el señor Shaw a Lisbeth.

-¡Oh, por favor! No me haga preguntas... Prometí... En fin ... Fanny es quien debe contestarle ...

-Me importa muy poco tu promesa. Dime todo lo que sabes. Ello le hará más bien que mal a Fanny. Lisbeth miró a su amiga y le

preguntó:

-¿Puedo hablar?

-¡No me importa!, replicó Fanny, avergonzada e iracunda al mismo tiempo, tratando de mostrarse firme mientras hacía nudos en su pañuelo.

Entonces Lisbeth habló. Dijo todo lo que sabía de los encuentros, los paseos y las cartas. No era gran cosa y los labios del señor Shaw temblaron varias veces con deseos de sonreír, pero supo mantener su aspecto severo con tanta perfección, que Lisbeth creyó necesario terminar su relato con una elocuente defensa:

-Le aseguro que Fan no es tan culpable como usted lo piensa. Se conduce como todas sus amigas y es mucho más juiciosa que Triz y la mayoría de las otras. Le oí rechazar muchas invitaciones que le habrían gustado ... Y ahora que ella sabe que esto le desagrada a usted, lo lamenta y nunca volverá a hacerlo si usted le perdona esta vez.

-Cuando una causa está tan bien defendida, no me queda otra alternativa que perdonar. Ven aquí, Fanny, prométeme que evitarás encontrarte con ese muchacho y no irás al Canadá.

Mientras hablaba, el señor Shaw acariciaba la mejilla de su enfurruñada hija esperando que ésta diese muestras de arrepentimiento, pero Fanny estaba colérica y no queriendo declararse vencida dijo tan sólo, sin disimular su mal humor:

-Ahora que todo esto acabó, espero que pueda llevarme mis flores...

-Volverán directamente al lugar de donde provienen, dijo el señor Shaw llamando a la criada, y el malhadado ramo de camelias salió de la casa con la misma rapidez con que había entrado.

El señor Shaw no volvió a oír hablar del asunto, pero no fue lo mismo para Lisbeth. Fanny se lo reprochó durante todo el fin de su estadía, a tal punto que Lisbeth pensó seriamente en abreviarla. Pero cuando hubo ordenado sus cosas en su baúl, vio que la gaveta superior, reservada a los regalos para su familia permanecía casi vacía. Vio también que su diario, empezado con tanto amor, se interrumpía en una frase de desprecio respecto a Fanny. Entonces resolvió quedarse hasta la fecha prevista, o sea dos días antes de Navidad, ya que había prometido a los suyos regresar para esa fiesta.

Pasó luego largas horas junto a Granny cosiendo, pegando, clavando juguetes para sus hermanos y hermanas, bordando un cuello para su madre y escuchando viejas historias que la anciana no se cansaba de relatarle.

Así transcurría el tiempo, hasta un día en que una nueva prueba vino a mortificar a Lisbeth.

Mientras Lisbeth se hallaba junto a la abuela, la ociosa Maud había entrado en el cuarto de su hermana. Al verse sola, empezó a inspeccionar los vestidos y demás objetos que Fanny había dejado en completo desorden por haberse vestido a prisa para recibir a una amiga. Maud se probó un par de aros, empapó su pañuelo con agua de Colonia, untó sus cabellos con brillantina y siguió revisando el interior de los cajones.

De pronto sus ojos divisaron, en un rincón del cuarto, el baúl de Lisbeth, que le pareció misterioso y tentador. La niña no vaciló un instante en abrirlo y lanzó una exclamación de júbilo: había allí un mundo de objetos desconocidos que le parecieron los más bellos del mundo, aunque algunos, realizados por manos inexpertas, merecían alguna crítica.

Cuando Fan regresó a su habitación, encontró a Maud profundamente enterrada entre esos tesoros, pero estaba demasiado enojada con Lisbeth para reñir a su hermana.

-¡Cuántos horrores!, exclamó con desdén.

Tom, que entró detrás de Fanny, miró el extraño surtido de juguetes y bordados y dijo:

-¡Qué chica rara! ...

-No te burles de Lisbeth, ¡ella sabe vestir las muñecas y además escribe y dibuja mucho mejor que tú!, replicó categóricamente Maud.

-¿Dibuja? ¿Cómo lo sabes? Jamás le vi un lápiz en la mano ...

-Mira este cuaderno. No puedo descifrar lo que está escrito, pero tiene lindos dibujos.

Feliz de que sus hermanos admiren los talentos de su amiga, Maud sacó del baúl un grueso cuaderno azul en cuya tapa se leía: El diario de Lisbeth y lo abrió sobre sus rodillas.

-Déjame mirar, dijo Tom.

-Sólo un vistazo, agregó Fanny, consciente de la deshonestidad de esa indiscreción.

El primer croquis que vio representaba a Tom caído en el camino, el enorme perro ladrando a su lado y la bicicleta que seguía bajando la loma. El dibujo era torpe e ingenuo pero tan cómico que Fanny estalló en una carcajada y lo puso bajo los ojos de Tom quien también se echó a reír. Luego, una caricatura de Frank la indignó un poco pero se serenó al mirar un largo friso donde una mano sin indulgencia había reproducido, una tras otra, a todas sus compañeras de clase, destacando sus rasgos ridículos.

--¡Qué pequeña peste! ¡Cómo se burla de nosotros a nuestras espaldas!, exclamó riendo.

--¡Dibuja muy bien!, agregó Tom entusiasmado.

-No la admirarías tanto si supieras lo que escribió respecto a ti, repuso Fanny cuya mirada se había detenido en el texto del manuscrito.

-¿Qué dice de mí?, preguntó Tom olvidando sus anteriores resoluciones.

-¡Escucha!, y Fanny leyó:

Trato de querer a Tom; cuando consiente en ser amable, es muy fácil, pero con frecuencia es insolente con sus padres, se burla de sus hermanas o de mí y se manifiesta tan odioso que llego a aborrecerlo.

-¿Qué te parece?

Con una sonrisa burlona, pues ya había leído lo que se guía, Tom le contestó:

-Continúa. ¡Verás lo que piensa de ti!

-¡Cómo!, exclamó su hermana cuya mirada se deslizaba rápidamente en las líneas siguientes, y con un temblor en la voz leyó:

En cuanto a Fanny, creo que ya no me es posible seguir siendo su amiga. Mintió a su padre y me reprochó no haberlo hecho yo. Yo, que la hallaba tan perfecta, cambié de opinión. Es injusta conmigo y hasta poco amable. Habla mucho de cortesía pero no creo que sea cortés obrar con una invitada tal como lo hace. Tengo muchos deseos de volver a mi casa y si no lo hago es tan sólo porque pienso que no sería gentil con Granny ni ron el señor Shaw, a quienes quiero mucho.

-Muy bien dicho. Tú también tienes tu parte. Cierra ese cuaderno y vámonos de aquí.

Todo esto lo divertía mucho, pero no tenía la conciencia tranquila. Sin embargo, Fanny llevada por la curiosidad, seguía leyendo:

Domingo por la mañana. Aquí aprendí por lo menos una cosa: que el dinero no da la felicidad. Envidiaba a Fanny, pero no lo haré más. ¡Tengo tanto afecto alrededor de mí y ella tiene tan poco! Deseo volver pronto a ver a mamá para hablarle de todo esto, sin embargo no lamento haber venido. Padrino tenía razón cuando me decía: "Hay que mirar a los demás para comprenderlos, y cuando se comprende siempre se perdona". Pero yo no le creía. Estaba equivocada, pues no tuve ni la mitad de paciencia e indulgencia que debí haber tenido. Quiero tratar de superarme mucho durante el resto de mi permanencia ...

La puerta se abrió súbitamente, interrumpiendo la lectura de Fanny. Lisbeth apareció. Un relámpago de ira le atravesó la mirada, escudriñó el rostro de los culpables, pero antes de que tuviese tiempo de abrir la boca, Fanny prorrumpió en excusas:

-Maud nos mostró este libro que había encontrado; mirábamos las figuras ...

-¿Leíais mi diario, verdad? ¿Os burlabais de los regalos que preparé y queréis echar la culpa a Maud? ¡Es indigno!

Lisbeth hablaba con rapidez, sin tomar aliento, y de pronto, como si temiera dejarse arrebatar por la ira, giró sobre sus talones y salió.

Los tres culpables se sintieron avergonzados. Tom quiso silbar. pero ningún sonido salió de sus labios secos; Maud, asustada por este estallido de cólera, no se atrevía a moverse, mientras Fanny colocaba el cuaderno en su lugar, con gesto súbitamente respetuoso.

Al ver los humildes presentes reunidos por Lisbeth con tanto afecto, recordó la verdadera pobreza de su amiga, y algunas frases del diario le parecieron de repente como un reproche más violento que todas las palabras que Lisbeth hubiese podido dirigirle. Se dejó caer, llorando, sobre la tapa del baúl y murmuró

-Tiene razón... Fui odiosa con ella...

Tom, rojo de vergüenza, dejó a Fanny llorando y salió valientemente en busca de Lisbeth. Recorrió todas las habitaciones de la casa sin descubrir la menor señal de su presencia y empezó a sentirse intranquilo.

"No puede haberse escapado a su casa", se decía. "Tal vez haya ido al escritorio de papá para avisarle. No sería algo verosímil en ella, pero no veo dónde puede haberse ocultado"...

Tom penetró en el pequeño cuarto botinero para cambiarse de zapatos, a fin de salir a buscar a Lisbeth, pero en cuanto abrió la puerta se sobresaltó: sentada en el suelo, en actitud desesperada, estaba Lisbeth con la cabeza apoyada sobre la caña de una bota.

El inesperado espectáculo borró todas las bellas frases que Tom había preparado. Sólo le fue posible exclamar "¡Lisbeth!", y caer sentado a su lado. Las palabras que brotaron de sus labios no eran elocuentes; frases entrecortadas, balbuceadas a media voz, mezcla confusa de confesiones, cuyo mérito principal era revelar con toda sencillez la turbación de un corazón sinceramente arrepentido. Pero Lisbeth sabía apreciar, mejor que nadie, un arrepentimiento de ese género. Esa manera de implorar perdón inmediatamente después de reconocer sus culpas, y de hacerlo a pesar de lo que pudiera costar, no podía dejarla indiferente. Aunque su ira era grande y justificada, se calmó pronto, y si no dijo en seguida a Tom que lo perdonaba sólo fue por espíritu de justicia, pues consideraba que el muchacho merecía quedarse diez minutos allí, mascullando excusas. También encontró equitativo que Fanny mojara uno o dos pañuelos con sus lágrimas antes de saberse reintegrada a la amistad de su amiga. Pero no prolongó más allá de ese mínimo lapso la angustia de sus amigos. Maud, responsable de todo el mal, también tuvo derecho a su perdón, y esta reconciliación general fue el último episodio notable de las vacaciones de Lisbeth.

La hora de la separación se acercaba a pasos agigantados. La perspectiva de pasar la Navidad sin su pequeña invitada afligía en partes iguales a todos los miembros de la familia Shaw, pero la joven era demasiado adicta a las tradiciones familiares para no estar presente entre los suyos para esa festividad. La fecha de su partida fue mantenida tal como había sido fijada desde tiempo atrás.

Como su tren salía a las catorce, Lisbeth debía marcharse inmediatamente después de un rápido almuerzo; desde la mañana se ocupó en la tarea de llenar su baúl, y no había terminado todavía de hacerlo cuando Granny vino a proponerle de acomodar sus vestidos más delicados, aconsejándole de ir a dar, entretanto, un paseo por el jardín.

Fanny no se ofreció para acompañarla. Maud vagaba por la casa disimulando un gran paquete bajo los pliegues de su delantal; Tom penetró en su guarida con aire misterioso. Lisbeth comprendió que le preparaban una sorpresa y se alejó muy intrigada.

Aquella mañana, el señor Shaw no había dicho que volvería temprano. Sin embargo, en cuanto Lisbeth llegó junto a la verja del parque divisó entre la nieve que caía lentamente la silueta familiar que

se acercaba por la calle.

-Nadie vendrá mañana a esperar a este viejo cuando regrese de su trabajo, dijo tendiendo una mano afectuosa a la joven.

-¡No es cierto! ¡Ya verá usted!

Los ojos de Lisbeth brillaban de alegría, pues Fanny le había revelado un gran secreto: en adelante acompañaría todos los días a su padre en el jardín.

-Lo deseo, pero deseo sobre todo que mi Lisbeth vuelva con frecuencia a pasar largas temporadas aquí ... Mucho más largas que ésta .... dijo el señor Shaw sonriendo.

-Me agradaría mucho, pero me necesitan en casa, respondió Lisbeth olvidando ya todos sus malos ratos.

Si Lisbeth hubiese podido ver todo lo que guardaban en la gaveta superior de su baúl no habría tenido tanta calma. Fanny, avergonzada de haberse burlado de los humildes regalos de su amiga, había tenido el pundonor de compensar su pésima conducta. De acuerdo con Tom y con Granny, había reunido numerosos paquetes de todos los tamaños y formas, elegidos con tanto cariño que era imposible que Lisbeth y los suyos no se sintiesen satisfechos. Pero el más hermoso de todos era un pequeño estuche blanco que ahogaba el tic-tac de un reloj dorado. Si Lisbeth hubiese sabido que ese reloj la esperaba allí y que su nombre estaba grabado en el interior de la tapa, no habría podido continuar su tranquilo paseo del brazo del señor Shaw.

Pero Lisbeth nada sospechaba. Dejó que Granny cerrara con llave el baúl, y después de almorzar salió rumbo a la estación escoltada por Fanny y Maud, y también por Tom quien, esta vez, no necesitó que le rogaran para acompañarlas.

Mientras el coche los alejaba de la casa, se podía ver en las ventanas a Granny, a la señora Shaw y a Kate agitando, aquéllas sus pañuelos y ésta su delantal en señal de despedida pletórica de deseos de felicidad.

En la estación, cuando el tren comenzó a andar, Fanny y Maud multiplicaron también sus gestos de despedida. Pero Tom saltó bruscamente en el estribo del tren, corriendo el riesgo de romperse el cuello, y por la ventanilla abierta arrojó en el compartimiento de Lisbeth un paquetito mal hecho gritando:

-¡Es horrorosa, pero la puse adentro para que te rías! ¡Hasta pronto, Lisbeth! ¡Buen viaje!

Y regresó al andén mientras Lisbeth se inclinaba para levantar su regalo. Era una bolsita de maníes que contenía una horrible fotografía de un Tom de brillante mirada. Sin embargo, Lisbeth sonrió largo rato contemplándola, antes de ponerla en su cartera.

SEIS AÑOS DESPUÉS

Fanny dejó caer la carta que acababa de leer y preguntó muy

sorprendida:

-¿Sabes cuáles son los proyectos de Lisbeth?

-Casarse, supongo, murmuró la señora Shaw con su voz siempre doliente, aunque su salud había mejorado un poco.

-Yo, terció Maud, más bien la veo rodeada de su familia y sirviendo a los suyos.

-¡No es fácil acertar! Quiere bastar a sus propias necesidades y costear los estudios de su hermano Will. Viene aquí, a la ciudad, con el fin de dar lecciones de piano, dijo Fanny.

-Extraña idea. Y, ¿cuándo llega?, preguntó Tom con aire indiferente sin dejar de jugar con Snip, el perrito al que hostigaba con el extremo de su elegante zapato.

-¿Vendrá a vivir aquí?, inquirió Maud.

-¡No! No quiere estar a cargo de nosotros. Ya reservó una habitación y se propone instalarse en ella un día de éstos.

El señor Shaw, que hasta ese momento no parecía escuchar la conversación, bajó bruscamente su periódico para decir:

-Apruebo totalmente su deseo. Todos los jóvenes deberían aprender a arreglarse solos, aun los que tienen fortuna; nunca se sabe lo que puede suceder.

Tom terminaba sus estudios en un colegio distinguido, donde era más bien un atolondrado pendenciero que un aplicado alumno, pero aunque por momentos se arrepintiese de su conducta, apreciaba demasiado las satisfacciones que le brindaban su fortuna, sus rizos y su caballo para abandonarlos en provecho de un esfuerzo mental.

-Si Lisbeth quiere realmente dar lecciones de música, me agradaría que enseñe a cantar a Maud, que tiene una voz tan agradable, murmuró la señora Shaw.

Maud aplaudió semejante perspectiva. Ahora tenía trece años y se había convertido en una jovencita activa y emprendedora, incapaz de satisfacerse con la vida mundana y ociosa que gustaba a su hermana y a sus amigas.

La conversación giró un tiempo más acerca de la joven Milton y sus proyectos, pero la que se habría interesado más apasionadamente en ellos ya no estaba allí para dar su opinión. La querida Granny había fallecido el invierno pasado, y su sillón, ahora vacío junto a la chimenea, era lo único que recordaba aquella delgada silueta siempre inclinada sobre una labor, desaparecida presencia que durante tanto tiempo había sido el alma de este hogar.

Maud, que se había acercado a la ventana con la esperanza de ver asomar un problemático rayo de sol que le permitiese salir a dar un paseo, lanzó un grito de alegría:

-¡Lisbeth! ¡Es Lisbeth!

Todas las cabezas se volvieron en seguida; por el camino del jardín avanzaba una joven de rostro iluminado, sonriendo como si la niebla de noviembre y todas las demás preocupaciones jamás hubiesen existido.

-¿Cuándo llegaste, querida?, exclamó Fanny corriendo al encuentro de la visitante, a la que abrazó con todo su afecto.

-Ayer. Déjame quitarme el sombrero. Desde que estoy aquí, arreglo mi nuevo domicilio pero tenía tantos deseos de venir que no podía esperar más tiempo. ¿Cómo estáis todos?

Tom le estrechó la mano diciéndole un respetuoso "Me alegro de volver a verte, Lisbeth", que no disimulaba completamente su extrañeza de ver a su compañera de infancia convertida de pronto en una encantadora muchacha.

-¿Cuándo empiezas a dar lecciones? ¿Me aceptarías como alumna?, preguntó Maud estrechando en su pequeña mano los dedos fríos de Lisbeth.

-¿Dónde vives? ¿No te atemoriza ese oficio de profesora? ¿Crees que tendrás éxito?, preguntaba Fanny al mismo tiempo.

Lisbeth respondía complacida a todas las preguntas, sonriendo como si describiera un porvenir de diversiones y no de trabajo. Gracias a su padrino, ya tenía varias alumnas aseguradas; vivía en casa de la señora Mills, una dama muy amable, con quien cenaría cada noche. Tomar sola sus otras comidas, circular por la ciudad para clases, enfrentarse con sus alumnas y sus desconocidos padres parecía ser para ella la perspectiva de tantos placeres como las visitas de su hermano Will, previstas todos los domingos, o las veladas que, de vez en cuando, vendría a pasar con los Shaw.

-¡Recibiremos y saldremos mucho este invierno! y me alegraré de ayudarte a lanzarte en el mundo..., declaró Fanny, feliz de enunciar sus propios proyectos.

-¡No! Vine a trabajar, no para divertirme; para ganar dinero, no para gastarlo. Para mí no habrá recepciones ni salidas.

-¡Oh, no pretenderás llevar una vida recluida sin la menor distracción!, exclamó Fanny.

-Pretendo hacer lo que decidí, replicó Lisbeth, segura de sí, pensando en el único vestido que integraba su guardarropa y en los gastos extravagantes que tendría que hacer si seguía a Fanny en su vida mundana.

Tom se levantó. Ese cotorreo entre chicas no le interesaba.

-¿Adónde vas?, le preguntó su madre.

-Tiene una cita con su novia, susurró Maud, burlona. -¿Cómo? ¿Tom tiene novia?, exclamó Lisbeth sonriendo

como si se tratase de una broma. -Es muy reciente, explicó Fanny.

-¿Y quién es la feliz elegida?

-Triz. ¿La recuerdas?

-Perfectamente, dijo Lisbeth, esforzándose cortésmente por borrar su sonrisa para no herir a Tom.

-¡No crees que sea cierto! ¿No parezco ser el hombre más feliz del mundo?

Lisbeth era demasiado franca para mentir, aun en un caso semejante. Meneó la cabeza y dijo:

-¡No!

-¿Qué aspecto debería tener para que lo creas?

-Simplemente el de un hombre que hubiese olvidado su propia felicidad para pensar sólo en el de otro ser, replicó Lisbeth. Pero en

seguida se ruborizó por lo que acababa de decir y para rehuir la mirada de Tom desvió la suya hacia el fuego que ardía en la chimenea.

El señor Shaw estalló en una carcajada.

-¡Bien dicho! Descubriste pronto la verdad, Lisbeth. ¡Jamás pude tomar este noviazgo en serio!

Tom, profundamente ultrajado por la falta de deferencia con que eran tratados sus asuntos del corazón, adoptó la prudente actitud de alejarse sin discutir. Al pasar saludó a Lisbeth con una simple inclinación de cabeza acompañada de un "hasta la vista" pronunciado con la misma desenvoltura que si se hubiese dirigido a una niña. Su perro lo siguió con una dignidad semejante a la de su amo, y la puerta se cerró a tiempo para evitarle escuchar la tempestad de carcajadas que provocó esa salida.

-¡Mi hermano está completamente idiota! Se deja manejar por Triz que siempre necesita un galán a su lado y tiene la costumbre de romper sus noviazgos cada seis meses. Este invierno puso sus ojos en Tom y este bobo se dejó deslumbrar.

-¡Pobre Tom!, dijo sencillamente Lisbeth, pero se abstuvo de agregar: "¡Pobre Fanny!", pues adivinaba que la envidia desempeñaba un buen papel en la opinión de su amiga.

-Sí, es triste. A pesar de todo es un buen muchacho. Cuando Granny estaba enferma la cuidó con una abnegación de la que no lo habrías creído capaz. Tiene un gran corazón, ¿sabes?

-Ya lo sé, dijo Lisbeth, reflexiva. Y aprovechando un silencio propuso a sus amigas ir a visitar su alegre cuarto.

Lo primero que se veía al entrar era una chimenea donde chisporroteaba un buen fuego de leños. Frente a éste, un gato gris dormitaba sobre la alfombra de lana roja y, muy cerca, un canario, el cual volvió su ojo negro hacia las recién llegadas y, al reconocer a Lisbeth, batió las alas y posóse en su hombro.

-Os presento a mis íntimos, mis buenos compañeros. Este ruidoso cantor se llama Nicodemo y este morrongo pacífico tiene el nombre de Ceniciento porque jamás se aleja del rincón del hogar. Ahora, poneos cómodas mientras preparo el té.

-Antes quiero seguir viendo, declaró Maud.

-El piano ocupa todo el lugar y no hay otra cosa que ver...

-¡Me gustaría vivir en una habitación instalada por mí!, como ésta, con un gato y un pájaro que no se devoren el uno al otro. ¡Invitar a las amigas que yo elija, servirles té en una tetera brillante y comer cuantas tostadas se me antoje!

Una carcajada general saludó la expresión de ingenuo deseo.

-¡Me alegro de que este lugar te guste, querida Maud!, y te invito a venir todas las veces que quieras.

-Entonces, me verás con frecuencia ...

-También a mí. No hay duda que hay más felicidad aquí que en toda nuestra gran casa, afirmó Fanny.

A pesar de su aparente alegría, la voz de la joven tenía un acento tan lastimero al pronunciar estas palabras que Lisbeth sospechó que su amiga debía de tener alguna pena oculta y resolvió estar dispuesta

a escuchar sus confidencias. Pero la hora no había llegado aún, y esa tarde la dejó marcharse manifestándole su simpatía con un largo beso que significaba: "Cuando me necesites, siempre me hallarás presente...".

La dueña de casa, señora Mills, esperaba a Lisbeth para la cena. Era una mujer todavía joven que había perdido sucesivamente a su esposo y a su hija y, sola en el mundo, descubrió en ella la admirable aptitud de ser feliz haciendo felices a los demás.

Durante los primeros tiempos que siguieron a la instalación de Lisbeth bajo su techo, esas cenas en común fueron motivo de incesantes conversaciones durante las cuales la señora Mills conoció todas las dificultades y todas las esperanzas de la joven.

La finalidad que la joven se había impuesto de subvenir a sus propias necesidades y participar en los gastos de educación de su hermano, finalidad que en un principio la había alentado tanto, perdió pronto su efecto estimulante. La estricta economía que se veía obligada a observar se convertía en estrechez, después de haber sido una satisfacción. Lisbeth comparó, entonces las ventajas de una seductora independencia con los inconvenientes de toda soledad; la balanza se inclinó a favor de la vida en familia, y Lisbeth comprendió la severidad del camino que se había impuesto.

LA ESCUELA DE LA VIDA

Toda la gente suele tener días desventurados, pero Lisbeth consideraba a veces que a ella le tocaban más de los que le correspondían. Éste era el tercer día de la última semana de enero que comenzaba con tan mala fortuna, y la pobre joven presentía toda clase de catástrofes antes que llegase la noche.

¡Qué mañana desalentadora! Sus alumnas se manifestaron particularmente distraídas y dos de ellas le anunciaron que se iban de viaje. Fue tanto más violento para ella, por cuanto se trataba de dos principiantes y Lisbeth sabía que jamás tendría el valor de cobrarles el pago del trimestre, aunque sus cálculos y previsiones se veían muy perjudicados por esa falta de ganancias.

Mientras volvía a su casa para almorzar, cansada y decepcionada, la pobre Lisbeth habría de recibir otro golpe, más terrible aún que el de perder sus alumnas.

Caminaba apresuradamente llevando en una mano su pesada cartera con libros de música y en la otra un paquete de bizcochos para el té cuando divisó a Tom y a Triz que avanzaban en su dirección, por la acera opuesta. Se sintió impresionada por la elegancia con que vestían y el feliz aspecto de sus rostros. De pronto, le pareció que todo el sol de la calle era para ellos mientras que a ella sólo le quedaba la sombra y el viento.

No queriendo dejarse dominar por la envidia, Lisbeth, feliz de

cambiar algunas palabras afectuosas con sus amigos, se dirigió hacia ellos con una sonrisa en los labios. Triz la vio y desvió la mirada hacia un horizonte lejano. Tom probablemente no la vio, pues su vista estaba fija en ese momento en un espléndido caballo que pasaba por la calzada. Pero Lisbeth, imaginando que ambos la habían reconocido, continuó avanzando hacia ellos sin la menor aprensión.

Triz, con la mirada perdida en la lejanía y Tom, contemplando el bello animal, pasaron impasibles frente a Lisbeth con las mejillas encendidas, la mirada ansiosa y sus paquetes en evidencia. Cuando se cruzaron, fueron unos segundos horribles: nadie habló, nadie saludó, y Lisbeth se encontró nuevamente sola con la sensación de haber recibido una bofetada en pleno rostro.

Sus pensamientos, que no exteriorizó, eran más o menos así "Jamás hubiera creído tal cosa de Tom. Es la influencia de esta horrible Triz que lo convierte en un snob, demasiado orgulloso para saludarme porque llevo paquetes y trabajo para ganarme la vida. Pues bien, ¡se acabó! ¡Jamás volveré a preocuparme por él!"

Conviene hacer la salvedad de que Tom era absolutamente irresponsable de esta descortesía. Siempre saludaba a Lisbeth cuando la encontraba en la calle y si ese día no lo había hecho era porque realmente no la había visto. Pero la mala suerte quería que siempre lo encontraba cuando iba solo y que justamente esta vez Triz lo acompañaba. La afrenta era mucho más dolorosa para Lisbeth, pues jamás había simpatizado con Triz y ésta no desperdiciaba ninguna oportunidad para demostrarle su desprecio.

Este día mal empezado, continuaba pues aún peor...

Sin embargo, antes que Lisbeth pudiese despejar sus ojos y retomar una expresión serena, un caballero se le acercó, se quitó el sombrero, le, sonrió y le dijo alegremente:

-¡Buenos días, señorita Milton! Me alegra muchísimo de verla ...

Era Arturo Sydney, el amigo de Frank Moore y de Fanny, que Lisbeth había conocido por primera vez seis años antes, a quien en aquella ocasión apreciaba por su cortesía y al que veía de vez en cuando. Pero ese día el joven dejó en suspenso su frase de bienvenida y continuó en otro tono:

-Perdóneme usted ... ¿Tiene dificultades? ¿Puedo serle útil?

Lisbeth no tuvo más remedio que decirle la verdad.

Es una idiotez, lo admito, pero me duele sentirme despreciada por mis amigos. No obstante, tengo que acostumbrarme ...

Arturo Sydney echó un vistazo en la calle, reconoció a la pareja e hizo un gesto de desagrado. Mientras tanto, Lisbeth, turbada, buscaba un pañuelo en su bolsillo; sin pronunciar una palabra, el joven le tomó de las manos su cartera y su paquete, pequeño gesto amistoso que tenía gran significado en semejante momento. Inmediatamente, Lisbeth se sintió mejor, y enjugando con rapidez las reveladoras lágrimas, rió y dijo regocijada

-¡Bueno! ¡Ya estoy bien! Se lo agradezco, no cargue usted mis paquetes.

-No me molestan, y esta cartera con libros de música me recuerda

lo que quería decirle. Mi hermana desea que su hija estudié el piano ... ¿Tiene usted algunas horas libres en la semana para ocuparse de ella?

-¿Realmente?, preguntó Lisbeth, como si sospechase que su interlocutor había inventado esa historia por gentileza.

Sydney sonrió y sacó de su bolsillo una carta que le tendió.

-Ésta es la prueba de mi veracidad.

Era una carta escrita por la madre de la pequeña Minnie, que Sydney tenía la intención de dejar en casa de Lisbeth si no la hubiese encontrado allí.

La joven se excusó y agradeció con una mirada pletórica de gratitud, asegurándole que esta nueva alumna sería muy bien

venida. Pensó que él la dejaría ya, pero no lo hizo. La acompañó hasta la casa de la señora Mills, hablándole primero de esta Minnie, muy inteligente pero bastante traviesa, según le dijo, y continuó conversando de temas musicales en términos más o menos generales. Lisbeth había casi olvidado el incidente hasta el momento en que, al llegar a su casa, Arturo Sydney se despidió de ella diciendo:

-Si yo estuviese en su lugar, no le guardaría rencor a Tom por este necio incidente. Triz es muy capaz de ese género de mezquindades, pero Tom, a pesar de todas sus rarezas, tiene buen corazón y jamás consentiría en rebajarse a cometer tales maldades.

El joven estrechó la manecita vestida por un guante de lana gris y saludó a la joven exactamente de la misma manera que lo hubiese hecho con la más rica heredera de la ciudad, le devolvió sus paquetes y se marchó dejando a Lisbeth subir a su cuarto con la rapidez de un relámpago y saludar a Ceniciento con esta extraña observación:

-¡Usted es un verdadero caballero! ¡Es muy amable de su parte haber dicho esas cosas de Tom! ¡Puede contar conmigo para dar buenas lecciones a Minnie!

El solitario almuerzo de Lisbeth fue casi agradable pero, lamentablemente, la tarde se le alargó en monótonas lecciones.

Esperaba encontrar a Maud con quien solía compartir su íntima merienda antes de la clase, pero la niña no había venido; en cambio, una nota de la señora Shaw le anunciaba que Maud estaba resfriada y no podía salir.

Lisbeth se encontró sola frente a su pequeña tetera, y la aflicción que se esforzaba por rechazar desde la mañana se reanudó al ver el paquete de bizcochos. Algunas lágrimas cayeron en su taza y hasta la miel familiar tuvo sabor amargo.

"Esto no puede durar así", se dijo Lisbeth. "Tengo que moverme... ¡Iré a visitar a los Shaw; Maud no debe estar tan enferma como para no poder hacer un poco de solfeo! ¡Y si Tom cena afuera, pasaré la velada con Fanny!"

Al salir dijo a la señora Mills que iba a la casa de amigos que tal vez la invitarían a cenar y, reconfortada al pensar en una velada más agradable que las habituales, se alejó bajo la lluvia, decidida a ser feliz a pesar de todo.

Al llegar a la casa de los Shaw encontró a Maud en cama

con mucha fiebre y a Fanny entre las manos de un peinador, sin atreverse a esbozar el menor movimiento por temor que se derrumbase el imponente edificio de rizos erigido sobre su cabeza.

-¡Oh, Lisbeth! ¡Qué amable eres de venir esta tarde! Adiviné que eras tú al ver en el espejo tu silueta. Ceno en casa de los Davidson con Tom; Triz también irá y quiero que me admiren más que a ella. ¿Me ayudas a vestirme?

-¡Con gusto!

Hasta que se hubo marchado el peinador, Lisbeth no agregó una sola palabra.

-¿Qué te parece mi vestido?, le preguntó Fanny, cuando ambas quedaron solas.

-¡Admirable!, respondió Lisbeth sin ironía.

-Te propuse diez veces obsequiarte uno a tu gusto ... ¿Por qué no aceptas?

-No, Fan, te aseguro, es mejor que no acepte ... Puedo vivir dichosa sin bordados ni adornos.

-No lo parece, querida ... Al menos, esta noche ...

Fanny hablaba gentilmente pero sin cesar de estudiar sus gestos frente al espejo. Había notado la tristeza de su amiga pero su compasión no iba más allá de aquella simple observación; estaba demasiado atareada por los cuidados de su belleza y por la preocupación de superar a Triz.

-¡Démonos prisa, que estoy muy retrasada y Tom se enfadará! ¡Es capaz de venir a buscarme hasta aquí!

Lisbeth no hizo ningún comentario a esta respuesta. Ayudó a su amiga con tanta celeridad que veinte minutos más tarde había terminado y ya se calzaba los guantes.

-¿Ya te vas?

-¡Sí! Prometí a la señora Mills ayudarle un poco esta noche ... No quiero volver tarde.

-¿Puedes avisar a Tom que estoy lista?

-¡No!

La palabra brotó de los labios de Lisbeth con la brutalidad de un grito, pero supo atenuar el efecto con una sonrisa y un beso que envió graciosamente con la punta de los dedos.

Corrió escaleras abajo lo más rápido que pudo y se lanzó en la noche, el viento y la lluvia sintiéndose liberada. Tom no la había visto aquella mañana, sin duda, pero prefería no dejarle notar, esa misma noche, las huellas aún demasiado visibles que había dejado en sus rasgos el momento de distracción del muchacho.

-¿Ya está de vuelta?, le preguntó la señora Mills sorprendida al verla regresar tan pronto.

-Sí, Fanny cena fuera de casa.

-Pensé que usted no volvería y me preparaba para salir.

¡Oh, no quiero impedírselo!

-¡No! De todas maneras, antes de irme tengo que terminar el arreglo de este vestido.

-¿Puedo ayudarle?

-¡Por cierto! Terminaré el cuello mientras usted cose el dobladillo del ruedo. Tuve que acortarlo porque la que va a usarlo es más baja que yo.

-¿Se puede saber para quién es?

La señora Mills pareció titubear un instante.

-Es una historia triste, temo apenarla, dijo..

-Esta noche no estoy de humor para apreciar historias divertidas ...

-Se trata de Juana, una joven muy perseguida por la mala suerte. Yo no la conocía. Vivía en una habitación que alquilaba a la señora Finn, una excelente mujer que, sin embargo, no sospechaba en qué profunda miseria había caído Juana desde la muerte de su madre. La veía entrar y salir, vestida humildemente pero aseada, demasiado discreta para pedir algo y siempre con una sonrisa en su rostro pálido.

Una noche la señora Finn entró en su cuarto, digamos por casualidad, si queremos llamar casualidad a la providencia. La

habitación le pareció desacostumbradamente vacía y fría. Juana no estaba, pero encima de la mesa había una carta cerrada y dirigida a la señora Finn. Era tan extraño que, sospechando algo, la leyó. Me la dio luego ... ¿Quiere usted leerla?

Lisbeth tomó el papel que le tendía la señora Mills y con ojos que se le iban llenando de lágrimas, leyó:

Querida señora Finn:

Perdóneme todas las molestias que voy a ocasionarle, pero no puedo evitarlo. No encuentro ningún trabajo adecuado a mis fuerzas que me permita vivir y me siento tan débil que no tengo esperanzas de sanar. No quiero ser una carga para nadie ... Prefiero desaparecer .. .

Vendí todo lo que poseo para pagarle lo que le debo. Usted hallará el dinero con mi carta. Espero que lo que hago me será perdonado ...

Adiós, señora Finn, no me guarde rencor y olvide pronto a la pequeña Juana que sólo pretendía un lugarcito en este mundo y no pudo encontrarlo ...

-¡Oh! ¡Es horrible! ¡Se mató!

-No. Dios no lo permitió. Hizo que Juana escribiese esta carta antes de ir a vender sus últimas cosas y que la señora Finn entrase en su cuarto durante su ausencia. Cuando la pobre muchacha volvió para colocar el dinero junto a su carta, cumpliendo lo que creía ser el último gesto de su vida, la señora Finn estaba allí .... y ya se imagina usted que supo apartarla de tan espantoso proyecto...

-¡Oh, señora Mills! ¿Qué se puede hacer por ella?

-Por ahora, rodearla de afecto y obligarla a alimentarse porque está muy débil. Después, trataremos de encontrarle trabajo.

-¡,Y este vestido es para ella?

-Sí; para cubrirse sólo conservaba un viejo abrigo que había pertenecido a su madre, lo único que guardaba de ella ...

-¿Es posible que exista tanta miseria?, gimió Lisbeth retorciéndose las manos.

Y de pronto recordó todas las lágrimas que había vertido durante el día por sus propias desdichas. Se sintió ridícula de haberse dejado desmoralizar por simples contrariedades, tan insignificantes comparadas con la real aflicción de la huérfana, abandonada al punto de creer que no había un lugar para ella sobre la tierra. Levantando la cabeza, dijo bruscamente:

-Señora Mills, ¿me permite usted acompañarla en su visita a Juana, esta noche? Mi pollera de lana azul debe ser de su medida y tengo un poco de ropa en buen estado que no uso. Me gustaría llevárselas, y también algunas masas... Traje de mi casa una cantidad mayor de la que podré comer...

La señora Mills dio una última puntada en el cuello del vestido de Juana y contestó seriamente:

-Apreciará aún más la simpatía que usted le brinda que sus ropas y sus masitas, mi pequeña Lisbeth, pero al darle todo lo que usted puede, creo que le ayudará mucho. Cuando un ser llega a ese punto de desesperación, sólo cuenta una cosa: hacerle comprender que el mundo no es tan despiadado como parece...

La señora Mills no dijo más, pero esa noche, cuando Lisbeth se deslizó en su cama, el ruido de los coches que pasaban bajo su ventana le pareció diferente. Era el eco amistoso de un mundo desbordante de vida, donde algunos podían parecer más felices que otros, pero donde todos podían encontrar la felicidad ayudándose mutuamente.

Este reconfortante pensamiento había de ayudar a Lisbeth, en adelante, para soportar con mayor ánimo todas las vicisitudes de su propia vida en ese pequeño lugar que ella misma había hallado sobre esta tierra, pero desde donde sólo ella podía irradiar alegría.

UNA VELADA EXCEPCIONAL

Cuando Lisbeth abrió la ventana aquella mañana, un pálido rayo de sol se deslizaba sobre los troncos negros de los árboles. El viento vivo y ligero que corría por la calle contenía algo impalpable y alegre que invitaba a hacer cosas descabelladas.

"Llevo la vida de una tonta. Tengo que brindarme un poco de fantasía ... Esto no puede continuar siempre igual ..., Se dijo Lisbeth.

Arrojó algunas migas al grupito de palomas que solía venir cada mañana a reclamarle su parte de desayuno v, mientras contemplaba sus patitas rosadas y sus cuellos tornasolados, trataba de descubrir algo grato que la haría olvidar durante algunas horas sus preocupaciones cotidianas.

--¡Pues bien; os anuncio, señoras palomas, que iré a la ópera! ¡Es muy costoso y poco razonable, pero no importa! Compraré dos

localidades y mandaré tinas líneas a Will ... ¡Me alegraré oyendo un poco de buena música!

Después de esta, palabras, Lisbeth cerró bruscamente la ventana en las narices de sus alados huéspedes y se dedicó a orde-

nar su habitación, canturreando, dominada por una excitación poco habitual.

Mientras iba a buscar las localidades antes de dar su primera lección, Lisbeth se preguntaba si sabría resistir a la tentación de tomar buenas plateas, pero toda su vacilación desapareció muy pronto: esa noche, la sala estaba completa. Esta decepción contribuyó a aumentar su deseo de "cometer disparates" y consultó ávidamente los programas de los teatros. Ninguno le pareció interesante. Defraudada, fue a la casa de sus alumnas repitiéndose que así había de ser y que era perfectamente feliz sin teatros ni conciertos, aunque no logró convencerse.

Al regresar a su casa para almorzar encontró una-nota de Fanny y apenas terminó de leerla lanzó un grito de alegría. Era una invitación para ir a la ópera esa misma noche: Fanny le proponía tomar el té con ella y ayudarla a vestirse. Le prestaría una capa elegante y todas las alhajas y adornos que necesitase. "Iremos con Tom, decía, y él insiste para que vengas y ya sabes cuanta importancia otorga a los refinamientos en el vestir."

Sentíase tan regocijada que arrojó la nota al suelo y se puso a dar brincos, asustando a Ceniciento que desapareció bajo la cama y a Nicodemo que la miraba, ya con su ojo derecho, ya con el izquierdo, profiriendo piídos interrogantes.

Al mismo tiempo las ideas le giraban en la mente como un torbellino. En menos de tres segundos decidió que debía comprar los guantes más hermosos que podía encontrar, que no pediría prestado a la señora Mills su tocado de noche, pasado de moda, sino que compraría uno nuevo y de su agrado. Estaba tan exaltada que nada le parecía demasiado lindo ni demasiado caro.

"Comeré pan seco durante una semana si es necesario", pen

saba. "pero no me faltará nada ... Quiero ser la mujer más elegante de toda la sala..."

Llegó a la casa de los Shaw totalmente incapaz de conservar la habitual dignidad de su conducta; en ese momento Maud estaba en el piano tocando un vals y Tom la escuchaba distraída

mente. hostigando a su perro. Antes que Lisbeth tuviese tiem

po de mencionar el menor agradecimiento por la invitación, Tom se levantó y tomándola de las manos la hizo girar en forma enloquecida a través de toda la sala. La joven encantada se dejaba guiar. Estaba exactamente del humor adecuado para apreciar aquel vals improvisado entre los brazos de ese caballero semiburlón, semirrespetuoso, y Maud, contagiada por la alegría de los bailarines, aceleraba el ritmo dándole un compás endemoniado.

-Triz rehusó salir esta noche..., explicaba Tom.

-Cuando el gato no está, las lanchas bailan..., replicó Lisbeth, pero su frase terminó en un grito horrorizado. El perro corría fuera de la

sala llevándose un paquete cuidadosamente envuelto.

-¡Mi tocado!, gritó Lisbeth con acento desesperado.

-¿De qué estás hablando?

-¡Snip se lo lleva! Alcánzalo, por favor...

-¡Voy!, exclamó Tom, comprendiendo por fin el drama y arrojándose detrás del ladrón.

Pero Snip consideraba todo esto como un juego muy divertido y sacudía el paquete como lo hubiese hecho con un ratón, recorrió la casa hacia arriba y hacia abajo, excitándose cada vez más con los gritos y las interjecciones de su amo.

Lisbeth asistía angustiada y desde lejos a las alternativas de la cacería mientras Maud se desternillaba de risa en el taburete del piano. Finalmente, Tom pudo recuperar el paquete en el rellano del segundo piso y lo devolvió a Lisbeth diciendo:

-Temo que se haya comido uno de tus guantes, encontré uno solo y bastante mordido. Pero el tocado está a salvo. ¿Había algo, más en el paquete?

-Mi mejor cuello y mis puños, dijo Lisbeth con la calma que suele prestar la desesperación.

-Vi algo blanco en el piso del comedor. Ve a ver, Maud, dijo Tom encerrando al culpable en el cuartito de los calzados, donde se enrolló confortablemente y quedó dormido.

-¡Todo está intacto!, gritó Maud trayendo triunfalmente los trofeos.

-¡Y el tocado también!, murmuró Lisbeth tras una minuciosa inspección del objeto.

-Es encantador. Póntelo, quiero admirarte, dijo Tom.

Tom tenía una marcada predilección por los pimpollos de rosa de color muy pálido y Lisbeth lo había recordado, tal vez, al elegir ese tocado, pero replicó en seguida:

-¿Despeinada como estoy? ¡Por nada en la vida! ¡Esta noche estoy un poco alocada, es cierto, pero no al punto de aparecer ridícula ante tus ojos!

Y muy dignamente, juntó las piezas dispersas de sus galas y subió al cuarto (le Fan para vestirse.

-¡Ser alocada te queda bien!, le gritó Tom riendo. Luego, volviéndose hacia Maud agregó:

-Bien vestida, Lisbeth podría ser la más bella y deliciosa de las mujeres, ¿no te parece?

Esta frase no estaba destinada a los oídos de Lisbeth, no obstante ella la oyó y decidió, por una vez, mostrarse tal como Tom lo deseaba.

Fanny pareció comprender su deseo y se le sometió con buena voluntad. Le ayudó a peinarse, a ajustar su cuello y sus rescatados puños, a atar la larga capa blanca, ornada de pesados bordados en el ruedo y cuyos pliegues fueron objeto de numerosas idas y venidas frente al espejo. El pequeño tocado, con su pimpollo rosado cayendo sobre los cabellos oscuros, era sumamente sentador y agregaba una nota muy personal a la elegancia del conjunto.

-Usa estos guantes para reemplazar los tuyos. ¿Quieres un abanico? ¿Qué alhajas te gustaría ponerte?

Lisbeth se sintió incapaz de resistir a tantas tentaciones. Eligió un abanico de plumas adornado con un pequeño espejo y se colocó dos pulseras pensando que se las quitaría si aparentaban demasiado lujo. Pero en cuanto las vio en sus muñecas, supo que no tendría valor para sacárselas.

-Déjatelas, le decía Fanny riendo mientras Maud contemplaba con envidia a las dos amigas, ahora tan elegantes una como otra, y se preguntaba cuándo tendría ella también el derecho de usar tantas alhajas y sedas.

-Estamos listas, puedes ir a avisar a Tom, dijo finalmente Fanny, agregando un poco de rouge en sus labios.

Maud obedeció con toda prisa y se quedó junto a su hermano, al pie de la escalera, para ver bajar a las dos jovencitas.

-¿Verdad que Lisbeth parece una encantadora novia?, exclamó al mirarla.

-¡Encantadora!, repitió Tom, convencido. Sonrió con respeto al verla bajar los peldaños que su capa blanca rozaba al pasar, y cuando llegó frente a él, lanzando una mirada maliciosa a su hermana se inclinó en ceremonioso saludo y dijo a Lisbeth:

-Permítame felicitarla, señora... ¡Sydney!

-¿Cómo te atreves...?, se indignó Lisbeth sonrojándose mucho más que la rosa de su tocado.

Pero esta frase tuvo un efecto aún más violento en Fanny. Por razones que sólo ella conocía, la chanza de Tom no le convenía y la tomó de muy mal talante. Sus ojos relampaguearon bajo su ceño y preguntó con voz seca:

-¿Está ya el coche? ¡Si queremos ir a la ópera, es tiempo de salir!

Maud, acostumbrada a los cambios de humor de su hermana, se apresuró a abrir la puerta del vestíbulo, descubriendo al cochero impasible en el pescante y a los caballos que piafaban desde hacía una hora frente a la escalinata. Tom, que no tenía prisa alguna, se acercó a Lisbeth y le ofreció su brazo:

-¿No te gusta, entonces?, le preguntó con una guiñada de complicidad.

-¿Qué? ¿La ópera? Por cierto que sí ...

-Hablo de Sydney.

-¡No!, replicó Lisbeth de manera bastante seca.

En ese momento la voz de Fanny llamando desde afuera le sirvió de pretexto para interrumpir el delicado diálogo. Tom, que había notado el enojoso efecto de su broma en sus dos compañeras, cambió el tema de la conversación, pero estaba convencido que sus sospechas no lo engañaban y que Lisbeth tenía mucho interés en su amigo Syd.

Por una de esas casualidades que se producen con más frecuencia de lo que uno cree, ocurrió que esa misma noche Sydney también había decidido ir a la Ópera y la localidad que ocupaba junto a la de su amigo Frank Moore estaba justo detrás de las que había tomado Tom.

Cuando Lisbeth, llena de satisfacción, penetró en la suntuosa sala del teatro y descubrió a Sydney sentado en esa platea tan próxima a la

suya, no pudo evitar sonrojarse de nuevo, e inclinándose hacia Tom le susurró al oído:

-¡Lo hiciste a propósito! ¡Eres un monstruo!

Tom se defendió con toda la sinceridad de una conciencia irreprochable, a pesar de la tentación de risa que esta coincidencia le provocaba:

-¡Te juro que no! No veas en todo esto sino el efecto de una ley de atracción tal vez mal definida, pero evidente...

Lisbeth se sentía demasiado feliz para estar mucho tiempo incómoda por el imprevisto encuentro. La música, las luces, el lujo que la rodeaban la mareaban sin que estuviera consciente de ello, y si Sydney la miraba con una atención algo demasiado persistente, no estaba en estado de hallar en ello motivo de crítica.

En realidad, éste la escudriñaba como si se maravillase de ver una crisálida trasformada bruscamente en brillante mariposa. Se había interesado en los proyectos de la joven ayudándola en la medida de sus medios, pero esa noche comenzó a pensar por primera vez que merecía mejor suerte y que sería una lástima que pasara toda su vida dando lecciones de piano.

Durante el intervalo tuvo una larga y amistosa conversación con ella y con Tom. Nadie notó la obstinación con que Fanny, fingiendo sonreír, se limitó a hablar solamente con Frank Moore. Sin embargo, hacía años que sabía que este obsequiante de ramos de camelias no era sino un atolondrado sin valor propio y evitaba cuidadosamente su compañía, tal como otrora se lo había prometido a su padre.

La pobre Fanny no podía, a través de su conversación con tan insignificante individuo, evitar de oír el ardor de las frases cordiales que cambiaban entre ellos Tom, Sydney y Lisbeth como si en toda su vida ésta no hubiese hecho otra cosa que brillar en sociedad. En realidad, Lisbeth, que de costumbre prestaba tan poca importancia a las atenciones de los muchachos, hallaba

en ello un placer nuevo. Lucía con gracia sus pulseras, se miraba en el pequeño espejo de su abanico, inclinaba la rosa de su tocado hacia la derecha o hacia la izquierda, sonreía por todo y encontraba la vida hermosa entre esos dos hombres ricos y distinguidos que no ocultaban el placer que les daba mirarla.

Después de la apoteosis final del espectáculo, Sydney se despidió de sus amigos con esa elegancia que tanto apreciaba Lisbeth, y ésta, en el alboroto de la salida, tomó el brazo de Tom, feliz de hallar este apoyo fraternal.

Mientras esperaban que su coche, perdido entre tantos otros, se acercase al pie de la escalinata del teatro, oyó que Fanny decía en voz baja al oído de Tom:

-¿Qué dirá Triz cuando sepa todo esto?

-¿Todo qué?

-Bueno, la manera como te portaste esta noche con Lisbeth.

-Me importa muy poco lo que diga. ¡Y de todos modos no es más que Lisbeth!

-Eso precisamente es lo grave. Triz no la aguanta.

-¡Pues bien! ¡Yo sí, y soy libre de divertirme como me place!

Y volviéndose hacia su invitada, agregó amistosamente:

-Aquí está el coche. ¡Vamos, Lisbeth!

Lisbeth se dejó conducir y se sentó en silencio junto a Fanny. Su alegría había desaparecido por completo en el instante en que Tom pronunció: "No es más que Lisbeth", con ese tonito desdeñoso, hiriente. ¿Tom la consideraba entonces como un objeto privado de sentimientos? ¿Como un ser sin personalidad, sólo necesario para distraerse una noche o para dar lecciones de piano a las niñas? Durante algunos instantes Lisbeth se sintió infinitamente desalentada y cuando Tom, notando su silencio, se volvió hacia ella y le preguntó gentilmente si estaba cansada le contestó con amargura:

-Sí, lo estoy ... ¡De no ser nadie!

-Pero no eres "nadie"... ¡Eres Lisbeth! ¡Y eso es mucho!

Su acento convincente, esas palabras familiares que dejaban sobreentender tanta amistad, tuvieron el poder de arrancar a Lisbeth de su naciente melancolía. No se preguntó por qué había atribuido tanta importancia a la pequeña apreciación restrictiva de Tom "no es más que...", pero decidida a aprovechar hasta el último minuto esta velada excepcional, aceptó volver ala casa de los Shaw para participar de la comida.

La mesa bien servida, el refinado menú y los excelentes vinos -complemento inesperado de esta inolvidable velada- disiparon pronto hasta la menor huella de sus preocupaciones. Se divirtió en imitar, ella sola, la ópera que acaban de escuchar y lo hizo con tanta gracia que la misma Fanny volvió a sonreír.

-Tendrías que venir mañana al teatro con nosotros ...

-No cuentes conmigo, amigo Tom. ¡No pienso repetir esta locura!

-¡Pero esto no es una locura!, exclamó Tom.

Locura o no, esta velada habría de costar a Lisbeth mucho más caro que el precio de un tocado y un par de guantes. Pero lo peor es que no sería la única en sufrir sus consecuencias.

Todo comenzó al día siguiente y duró varias semanas, durante las cuales la amistad de Fanny hacia ella sufrió un considerable enfriamiento; Tom se hastiaba de la compañía de Triz. v Sydney, a pesar de toda su cordura, construía sueños infundados.

CONFIDENCIAS

La pluma de Lisbeth se deslizaba rápidamente con un leve chirrido sobre la hoja de papel de carta color lila. Nicodemo la observaba posado sobre el borde del tintero, en el que había aprendido a sus expensas que era preferible no hundir el pico. Como de costumbre escribía a su padrino, el doctor March:

Querido padrino, le prometí no ocultarle nada, pero hay cosas en las que no me atrevo siquiera a pensar; ¿cómo podría escribírselas? Este señor Sydney, cuya reserva, cortesía y generosidad admiré cuando sólo era yo una niña, no ha cambiado en absoluto desde entonces, pero ya no es el mismo en lo que a mí respecta. No sé cómo explicarme. Me parece que durante mucho tiempo me consideró como una niña insignificante, luego descubrió lo que soy: una pobre muchacha a quien le cuesta mucho cumplir con sus tareas y a la que se puede ayudar con una simple palabra de simpatía o procurándole una alumna más. Pero desde aquella malhadada noche de la ópera, todo cambió. Usted me dice que hice bien ofreciéndome, por una vez, una distracción que tanto deseaba. Tal vez sea así, pero, ¿no habré hecho daño a otros seres?, ¿a este señor Sydney, por ejemplo? ¿Por qué, desde aquella famosa velada, lo encuentro casi todos los días al atravesar el parque cuando regreso para almorzar? ¿Por qué me mira con un destello en los ojos que jamás le había notado? ¿Por qué? ¿Por qué? ¡Ah!, la vida no es tan simple como usted pretende, querido doctor March. Si el señor Sydney me llegase a hablar, ¿qué le contestaré? No creo que me gustaría oír de sus labios las palabras que parece desear decirme...

Lisbeth suspiró y dejó caer su lapicera. Se quedó pensativa. Releyó el último párrafo de su carta y murmuró:

-Va a creer que amo a Syd; paciencia. Tal vez llegue a ser cierto algún día. ¿Quién sabe? ¡Y no tendré derecho a quejarme!

Continuó resueltamente escribiendo:

Había empezado a relatarle mi día de ayer y perdí el hilo. Lo retomo, pues vale la pena. Ayer a la tarde había una reunión en el taller de beneficencia al que concurren Bella y Fanny, y fui con ellas. Mientras bordaba lo mejor que podía unos ojales en delantales de niños (usted sabe que nunca me gustó hacer ojales, pero a las demás tampoco les gusta. Los míos resultan los mejores cuando me aplico y se convirtieron en mi especialidad), pues bien, mientras me esforzaba en esa difícil labor oía charlar a todas esas chicas y de pronto pensé en Juana. No sé cómo fue, pero me parecía ver ante mí su pequeño rostro pálido y sus cabellos lacios. No podía evitar compararlo con todas esas mejillas pintadas y regordetas, que me rodeaban con su carga de alhajas. Entonces recordé esta frase que me había dicho la señora Mills el día anterior: "Juana cose y borda muy bien; si pudiese encontrarle trabajo solucionaría su situación, pero entre mis relaciones no veo a nadie que pueda proporcionárselo".

En el momento no creí poder ayudarla. Usted sabe quienes son mis amistades: los Shaw, además de Anna y Becky, dos pobres muchachas que se ganan la vida igual que yo.

No quiero pedir nada a los Shaw. Ayudarían a Juana para complacerme, pero no deseo imponerles semejante carga porque ya les debo muchas bondades. Junto a usted aprendí la caridad y también la

Librodot

discreción hacia los amigos. Recuerdo sus lecciones, querido padrino; tranquilícese, y volvamos a mi breve sesión de ojales. Mientras estaba haciendo el tercero, una idea se me clavó en la mente con tal fuerza que no podía rechazarla: "Si tuviese el valor de hablar de Juana con todas estas chicas, alguna quizá le ayudaría... "

Me avergüenzo confesarle, pero lo reconozco, bordé cuatro ojales más sin abrir la boca. Entonces, de pronto, me decidí. Sentí coraje y hablé. .. ¡Oh!, ¡al principio sobre todo, me costó mucho! Tenía la garganta seca y las palabras no querían salir... Dije cuanto tenía que decir y creo que fui elocuente, pues todas esas jovencitas terminaron por darme algo para Juana. Bella hizo la colecta. En su bandeja había billetes, monedas y hasta alhajas, y varias chicas me dijeron que necesitaban vestidos y prendas de lencería para la primavera, y me pidieron el domicilio de Juana.

¡Me siento feliz, padrino, muy feliz! Más aún que Juana, que quería besarme las manos cuando le conté todo eso ...

Lisbeth arrojó, en señal de alegría, la pluma lejos de sí y levantándose de un brinco se puso a bailar sobre la alfombra roja, en el angosto espacio sin muebles, entre el piano y la chimenea.

-¡Ceniciento!, exclamó levantando a su gato, ¿no crees que el mayor placer que uno puede brindarse a sí mismo es complacer a los demás? ¡No, cállate, tú no puedes contestar! ¡Sólo piensas en tu bienestar y no imaginas siquiera que sea posible desear algo mejor que estar acostado sobre buenos almohadones, con el vientre lleno y junto al fuego...!

Lisbeth decía esas palabras alegremente, riendo, sin pensar en nadie; sin embargo, si en ese mismo momento hubiese podido contemplar a Tom, después del té, reclinado en el sofá frente a la chimenea de su suntuosa sala, habría pensado que estaba hablando para él.

Tom tenía el aspecto hastiado de un ser totalmente insatisfecho y la expresión enojadiza de alguien que no sabe qué hacer de su persona. A su lado se encontraba. Fanny, leyendo con mirada distraída una novela poco cautivante, pero cierta semejanza entre la heroína y Lisbeth le recordó a su amiga. Cerró el libro y dijo:

-¿Sabes, Tom? ¡Gané la apuesta!

-¿Qué apuesta?, preguntó su hermano con tono negligente.

-Habías dicho que antes de tres meses Lisbeth se cansaría de dar lecciones y abandonaría todo, yo afirmé lo contrario. Pasaron los tres meses y ella está más entusiasmada que nunca con su trabajo.

-¡Exacto! ¿Qué habíamos apostado?

-Un par de guantes, siempre necesito...

-¡Tendrás tu par de guantes!

Tom estuvo a punto de repantigarse de nuevo, pero tras un breve silencio agregó:

-Me parece que Lisbeth viene con menos frecuencia que antes.

-Está muy ocupada, tiene nuevos amigos, se interesa por los

desdichados, se consagra a obras de beneficencia. Su compañía me hace falta, pero sé que algún día se cansará de abnegarse por los demás y volverá aquí para distraerse.

-¡No estés demasiado segura!

-¿Por qué?, preguntó Fanny sorprendida de la firmeza con que hablaba.

-Porque la última vez que vi a Lisbeth me pareció más alegre que de costumbre; casi diría, exultante... Entre sus nuevos amigos está Sydney... Lo ve con mayor frecuencia ...

-¿Estás seguro?, preguntó Fanny con un tono que perdía un poco de calma y traicionaba su inquietud.

-Los vi varias veces juntos y creí observar que Lisbeth está muy dichosa con él. En cuanto a Sydney, está trasformado. Me extraña que no lo hayas observado.

-Lo he observado.

Esta vez fue Tom quien se sorprendió, pues la voz de Fanny tenía un timbre extraño. Se irguió, miró fijamente a su hermana durante un minuto, pero ella había vuelto la cabeza y sólo alcanzó a divisar una oreja rosada que emergía debajo de un mechón de cabellos. Su expresión se anubló, y murmuró para sí mismo: "¡Pobre Fan!".

-¿No crees que estaría muy bien?, preguntó ésta simulando alegría.

-Sí, para Syd.

-¿Y no para Lisbeth? Sydney es inteligente, trabajador, rico... Muy superior a la mayoría de los patanes de su edad.

-¡Es verdad! Pero no alcanzo a imaginar esta unión. No veo a Lisbeth en el papel de dama de sociedad. Ella puede ser mucho más que eso ...

-¡Sin embargo, sería una suerte para ella y se la deseo!,

murmuró Fan, haciendo un visible esfuerzo para ser amable. -Eres muy buena en decirlo, replicó Tom, mirándola. Pero esta vez también le daba la espalda. De ninguna manera pudo estar seguro que su intuición no lo engañaba y se limitó a agregar:

-Nada prueba, que sea en serio.

-¡Lo veremos!, murmuró Fanny.

Tom se marchó sin conocer con certeza los verdaderos sentimientos de su hermana. No obstante, si hubiese podido observarla después que él se marchó, se habría percatado de la realidad. Su actitud cambió por completo. Empujó nerviosamente los bibelots colocados al alcance de su mano encima de la mesa, frunció el entrecejo; su pie frotó con ímpetu la alfombra y se levantó bruscamente diciendo a media voz:

-¡No puedo hacer otra cosa que esperar! ¡Esperar siempre! Ordenó los cojines del sofá que Tom había arrugado, enderezó un pliegue de la cortina que le pareció torcido, empujó una o dos sillas y exclamó:

-¡Sí! Puedo hacer otra cosa ... Hoy es sábado ... Debe estar en su casa...

Pocos instantes más tarde llamaba a la puerta de Lisbeth. Ésta acababa de escribir su carta y al ver a Fanny, su rostro se iluminó con una alegre sonrisa.

-¡Qué amable eres de venir a visitarme hasta aquí! ¡Vienes tan poco! ¿Cómo están tu madre y Maud? ¡Oh, tienes un sombrero nuevo! ¡Qué coqueta eres! Te queda muy bien ... Lisbeth sonreía con tanto regocijo, que Fanny, contagiada, perdió su aspecto hosco y sonrió a su vez, respondiendo: -Como ya no nos das noticias tuyas, tengo que venir a buscarlas...

-Estuve muy ocupada estos últimos tiempos, además lo que hago poco te interesa.

-¡Estás equivocada! Todo lo que haces me interesa.

En ese momento Fanny observó un enorme ramo de violetas sobre el piano. Se levantó bruscamente.

-¿Cuál de tus amigas te envía tan lindas flores?, exclamó.

-Recibo un ramo igual todas las semanas, dijo Lisbeth sonriendo feliz y orgullosa. Él sabe cuánto me agradan...

-¡Jamás imaginé que tuviese tantas atenciones para ti!, mur

muró Fan, inclinándose para oler las flores y ocultar su decep-

ción al mismo tiempo que para echar un vistazo en la tarjeta colocada al lado del ramo.

-No te burles, repuso Lisbeth, si te digo la verdad: sin ser lo que era Jimmy para mí, Will trata de parecérsele y se lo agradezco. Nos entendemos cada vez mejor.

-¡Will!

Fan había proferido esa exclamación con voz breve e hizo al mismo tiempo un movimiento tan brusco que volcó el florero. Lisbeth miró sorprendida a su amiga, tomó un trapo para enjugar el agua y dijo con voz tranquila:

-¡Naturalmente, Will! ¿Quién crees que me manda flores?

-No sé ... Soy mayor que tú y debo vigilarte. Si tienes la intención de formalizar tu noviazgo, tengo derecho a saberlo ... Por lo demás, no prestes atención a lo que te digo, me duele terriblemente la cabeza ... ¡Hoy, no sé lo que hago, ya lo ves!

Fanny hablaba elevando la voz, cortando sus frases con risas forzadas y, volviéndose, miró por la ventana preguntándose si Lisbeth le había dicho la verdad.

Ésta, mientras volvía a poner las violetas en su lugar, notaba la agitación de su amiga y trataba de adivinar la causa. De pronto su vista cayó sobre la tarjeta. La tomó y levantando la mano llamó a Fanny. La joven se volvió.

-¿Pensaste que era Sydney quien me había enviado esas flores, verdad? Te equivocaste. Pero en adelante, cuando quieras saber algo, prefiero que me lo preguntes con franqueza.

-No te enojes, querida. Sólo quería pincharte un poco. Tom se metió en la cabeza que existe algo entre tú y Syd, y...

-¡Tom! ¿Cómo es que se ocupa de mí?

-Te vio varias veces con Sydney, y como él está enamorado imaginó que vosotros también lo estáis.

-Agradezco su interés... Pero se molestó demasiado para nada ... Puedes decírselo y agregar que no me gusta que mis actos se interpreten como...

La frase de Lisbeth quedó trunca pues en ese momento Fanny estalló en sollozos. Esa crisis de lágrimas tuvo el efecto de asombrar a Lisbeth, y trasformar su ira en ternura. Abrazó a su amiga con gesto espontáneo y exclamó:

-¿Qué ocurre, querida mía, por qué lloras?

-¡Nada! ¡No es nada! ¡Déjame!..., pronunció penosamente Fan arrojándose en el sofá estremecida por los sollozos y cubriéndose los ojos con su pañuelo.

Lisbeth se sentó junto a ella, tratando de calmarla con palabras cariñosas y esperando sobre todo descubrir la causa de esta incomprensible pena. Era una muchacha sensible e inteligente, por lo tanto no demoró en sospechar la verdad, y esa sospecha se convirtió casi en certeza cuando escuchó las lastimeras excusas de su amiga, ninguna de las cuales podía justificar el llanto que brotaba de sus ojos.

-Estoy cansada ... Estos últimos tiempos bailé demasiado. eso me pone nerviosa ... Además padezco de insomnio .... pero ya me siento mejor ... Llorar me hace bien ...

-¿No tienes realmente ningún disgusto más grave?. preguntó Lisbeth mojando las sienes de su amiga con agua de Colonia.

La mirada que Fanny alzó hacia ella indicaba a las claras que tenía por lo menos uno. Sin embargo, no lo confesó. ¿Podía decir a la pobre Lisbeth que lloraba porque no había podido comprar el cuello de astracán gris que tanto deseaba, que su padre le había negado el anhelado viaje a París o que, a pesar de todos sus esfuerzos y sus hermosos vestidos, no lograba ganar el amor de Sydney?

No obstante, tenía que encontrar alguna excusa verosímil. Murmuró apresuradamente:

-La salud de mamá no es buena. Tom y Triz discuten todo el tiempo. Maud está cada vez más insoportable y papá tiene dificultades económicas ...

Lisbeth pasó una mano afectuosa por la frente de su amiga. -Nada de eso me parece realmente grave. No hay motivo para llorar y existen cosas mucho peores que pueden arreglarse fácilmente. Créeme. querida, ten confianza.

EL FINAL DE UN SUEÑO

Después que Fanny se marchó, Lisbeth se sentó junto a la chimenea, colocó resueltamente sus pies sobre los morillos y se sumió en honda meditación. Se hablaba a sí misma, en voz baja, tan baja que su gato, hecho un ovillo sobre sus rodillas, no oía una sola palabra, pero el hilo de sus pensamientos era aproximadamente el siguiente:

"Si amara a Sydney, debería sentirme feliz con las atenciones de que me hace objeto, pero en realidad no lo amo. ¡En verdad, no! Y si él

cree que me ama, debe estar equivocado: no soy la mujer que necesita. Es por cierto muy bueno, muy generoso, perfectamente cortés y además rico, pero todas esas razones no bastan para que me case con él ... ¡No! Si algún día llego a casarme, será con el que ame realmente y no con Sydney. ¡Está dicho!"

Lisbeth apoyó la cabeza en sus rodillas y permaneció un rato inmóvil. Cuando se irguió, su rostro había cambiado totalmente de expresión.

"Por lo demás", continuó, "no debo pensar en primer lugar en mí sino en Fanny. Ella ama a Sydney, es evidente, y si tiene una oportunidad de alcanzar la felicidad, yo no debo ser un obstáculo. Al contrario. Debo ayudarla cuanto pueda. Veamos, tratemos de ver claro. ¿Qué podría hacer? ¿No pasear más con él? Sí. Nunca creí mucho en esa inevitable casualidad de encontrarlo todos los días en el parque a la hora en que regreso para almorzar. Aunque su presencia me complace, todos observan nuestros paseos cotidianos y cada cual saca estúpidas conclusiones. Así es como Fanny sospechó que yo era su rival. ¡Pobre chica! ¡Cuánto debí hacerla sufrir sin siquiera sospecharlo! Porque no podía adivinar... Ahora que lo sé, todo cambia. Pero, ¿adivinará Sydney por qué le huyo? No lo creo ... Tendría que conversar con él, explicarle, y no será fácil, pero si es necesario tendré valor para hacerlo... Y si fuese preciso, hasta provocaré esa conversación...

Lisbeth puso en ejecución sus nuevos proyectos a partir del lunes siguiente.

En vez de regresar de sus lecciones por el parque, tomó un camino distinto siguiendo callejas oscuras, evitó pasar por las grandes avenidas llenas de vida y por el jardín donde tanto le gustaba mirar jugar a los niños.

Durante una semana íntegra se constriñó a esos desvíos y no encontró ni una sola vez a Sydney quien, por su parte, no podía perseguirla hasta la casa de la señora Mills. La casualidad cómplice hizo que Minnie enfermara esa semana, por lo cual no tomó lecciones y su tío se vio privado de esta última oportunidad de ver a Lisbeth.

El sábado, último día de esta semana de soledad, Lisbeth ' decidió ir a visitar a los Shaw. En cuanto penetró en el vestíbulo vio un sombrero de hombre colocado sobre la mesa.

-¿Quién está aquí, Kate?, preguntó.

-Sólo el señor Sydney con el señor Tom, respondió Kate, y Lisbeth escapó como si hubiese visto al mismísimo demonio.

Sin embargo, cuando la puerta se cerró detrás de ella se sintió tan solitaria, tan abandonada en el aire frío, que los ojos se le llenaron de lágrimas y cuando Snip corrió tras ella, no pudo reprimir el gesto de acariciarle la cabeza desgreñada diciéndole:

-Vete, viejito. Tengo que irme sola, no me acompañes ... No puedes saber cuán triste es renunciar a alguien a quien se ama.

Y se alejó lentamente y con pesar, pero para su consuelo se permitió este pensamiento:

"Ya que está con Fanny, puedo ir a pasear por el parque. Es un

hermoso día y habrá muchos niños."

Lisbeth había acertado. Había numerosos niños y se entretuvo un rato observando sus idas y venidas por el parque donde la primavera se mostraba, no solamente en los millares de margaritas silvestres que florecían entre el césped o los jacintos de los canteros, sino en todos los rostros felices de esta renovación de la naturaleza. Lisbeth vio muchachos que sonreían a las jóvenes y parejas de enamorados que paseaban del brazo. "¡Qué dichosos parecen!", dijo con un suspiro, no pudiendo abstenerse de volver a su propia soledad.

En ese momento divisó a Sydney. Lisbeth no comprendió cómo había llegado hasta allí y cómo se encontraba caminando al lado de ella. Y, aunque jadeante, parecía tan feliz de verla que no tuvo fuerzas para mostrarse distante y fría como debería haberlo hecho.

-¡Qué día hermoso!, exclamó después de estrecharle la mano.

-¡Un tiempo magnífico!, respondió ella, incapaz de ocultar la alegría que brilló espontáneamente en su mirada. Le resultaba tan reconfortante que Sydney viniese a acompañarla justo en el instante en que se lamentaba de su soledad.

-¿Dejó usted de dar lecciones por la mañana?, le preguntó.

-¡No!

-Entonces es un misterio para mí saber cómo regresa de sus clases.

-¡También lo es para mí verlo conmigo en este momento!

-Miraba por la ventana de los Shaw cuando la vi a usted huir, hace un rato. Me tomé la libertad de seguirla por las pequeñas calles.

-¡Es exactamente el camino que sigo habitualmente para volver a mi casa!

Lisbeth no tenía la intención de descubrir tan pronto su secreto, pero la franqueza de Sydney había forzado la suya.

-No es tan agradable como por el parque y es más largo, observó Sydney.

-Ya lo sé, pero algunas veces uno siente deseos de cambiar de costumbres.

-¿Siente usted a veces también deseos de cambiar de amigos, señorita Lisbeth?

-No con frecuencia, pero...

La joven calló súbitamente temiendo parecer ingrata por los favores que él le había hecho, si terminaba su frase.

Hubo un penoso breve silencio que Lisbeth rompió preguntándole a quemarropa:

-¿Cómo está Fan?

-¡Más deslumbrante que nunca!, lo confieso, pero me decepciona. Los años no le hacen sentar juicio.

-¡Usted no la conoce bien! Adopta esa actitud en público para ocultar cómo es realmente. Pero sé que es muy juiciosa y algún día usted se asombrará al ver el bondadoso corazón, el buen sentido y la delicadeza que posee.

Lisbeth hablaba con tanta convicción que no notó que su acompañante la escuchaba como si hallase más placer en oír a la defensora de Fanny que su defensa.

-Me alegro saberlo, amiga Lisbeth, y sólo pido creerle pero admiro la facultad que tiene usted para descubrir el lado bueno de las cosas y de las personas. ¿Debo admitir que nadie le muestra el lado malo?

-¡Oh, desengáñese! ¡Algunas veces me cuesta mucho encontrar el lado bueno de la vida!

-¿Puedo ayudarla?

La voz que enunciaba esta pregunta era tan dulce que Lisbeth no se atrevió a levantar la mirada. Temía encontrar la de su compañero y leer en ella lo que justamente quería evitar.

-Se lo agradezco mucho, pero sólo tengo preocupaciones que puedo soportar, y uno arriesga cometer errores tratando de evitar penas.

-O evitar personas, remató Sydney con un tono que provocó el rubor de Lisbeth bajo el ala de su sombrero.

-¡Qué hermoso es el parque!, murmuró para ocultar su turbación.

-Sí, es el paseo más agradable de la ciudad, dijo el joven, tendiendo una trampa en la` que Lisbeth cayó en seguida, pues empezó a alabar las bellezas de ese lugar. Sydney estaba demasiado atento para no sacar las conclusiones que sospechaba de ese entusiasmo y adivinó muy pronto que Lisbeth había oído. como él, alusiones respecto a sus frecuentes encuentros y que ella deseaba ponerles fin. Comprendió la intención de la joven antes que ella lo hubiese previsto y como era orgulloso y generoso al mismo tiempo, resolvió acabar con esas habladurías para bien de Lisbeth y para el suyo propio.

-Abandono la ciudad durante algunas semanas por un asunto de negocios; por lo tanto, usted podrá aprovechar el parque sin correr el riesgo de que yo la moleste.

-¿Molestarme? ¡Oh, jamás!, exclamó Lisbeth con un impulso irreprimible, pero calló al instante sin saber qué decir para atenuar esta exclamación demasiado elocuente.

-Dígame usted, con franqueza, sinceramente. ¿Si nadie comentara nuestros encuentros evitaría usted pasar por el parque?

-¡Oh, no!

Estas dos palabras brotaron de labios de la joven sin que ella tuviese tiempo de pensarlas, pero lamentó no haberse mordido la lengua antes de pronunciarlas.

Otro silencio, que pareció interminable, siguió a esta confesión. Felizmente, un jinete se cruzó en ese momento con ellos y los saludó con una ancha sonrisa.

-¡Ahí viene Tom!, exclamó Lisbeth con tanto alivio, que Sydney calló lo que iba a contestarle. Se limitó a tenderle la mano diciéndole: "¡Hasta la vista, Lisbeth!", pero había en su rostro una expresión de tristeza que la joven recordaría durante mucho tiempo.

Eso fue todo. Sydney se había alejado antes de que Lisbeth pudiese levantar la mirada llena de arrepentimiento y se encontró sola con la certeza que el primero y tal vez el único hombre que pudo haberla amado había leído su rechazo en sus ojos y lo aceptaba sin una queja. No sabía si él había supuesto otra cosa y trató de reconfortarse pensando que no era mucho su amor ya que consentía tan fácilmente en desaparecer.

No obstante, por prudencia, Lisbeth siguió evitando de atra
vesar el parque hasta el día en que se enteró por Minnie que el tío Syd había realmente abandonado la ciudad.

Volvió entonces a su paseo favorito, pero debió admitir que éste había perdido gran parte del encanto que le prestaba la posibilidad de cierto encuentro.

Con todo, se sobrepuso a su decepción mejor de lo que suponía-. Además, no tardaría en llegar el momento en que se le presentarían otras penas que la suya para consolar. En primer lugar la de Fanny, pues ésta se enteró pronto de la partida de Sydney y no tuvo sosiego hasta conocer el motivo.

Una tarde, a esa hora en que el crepúsculo favorece las confidencias, fue a visitar a Lisbeth.

-¿Qué hiciste últimamente?, le preguntó al entrar.

-Nada en particular. Y tú, ¿qué haces?, respondió Lisbeth, suponiendo que su amiga no había venido a preguntarle pormenores de su vida de profesora.

-¡Oh! ¿Qué quieres que haga? Nada cambió para mí, ni puede cambiar; pero estoy indignada de la manera como Triz trata al pobre Tom y ese tonto se deja manejar como un cordero. Le aconsejo romper con ella, mas no atiende mis consejos.

-¿Triz lo ama realmente?

-Si fuese una ventaja para ella, no vacilaría un instante en dejar a Tom, pero empieza a envejecer y quiere casarse a todo precio.

-¡Pobre Tom! ¡Qué triste porvenir!, exclamó Lisbeth con el deseo de parecer irónica, pero sus palabras tuvieron un acento tan doloroso que inmediatamente cambió la conversación y continuó, riendo:

-Si te parece que Triz es vieja a los veintitrés años, ¿qué dirás de nosotras cuando tengamos veinticinco?

-No serviremos para nada ... De mi parte, se acabó. Por momentos llego a envidiar a Maud. Sin embargo, me preocupa. ¡Tiene gustos extraños! ¿Sabes que se complace entre ollas, cocinando? Odia los estudios y jamás siente deseos de salir. ¿No te parece raro?

-¡Bah! Está en la edad de las rarezas. Minnie me decía, días pasados, que le gustaría ser paloma para poder chapotear en los pantanos...

Fanny no perdió la oportunidad de llegar al tema que la preocupaba:

-¿Y tú tío, cuándo vuelve?

-¡No sé absolutamente nada!

-¿Y no te preocupas?

-¿Por qué habría de preocuparme, Fan? ¿Qué quieres decir?

-No estoy ciega. Ni Tom tampoco. Cuando un joven que está de visita en una casa escapa a todo correr para perseguir a una joven, y a los pocos minutos se lo encuentra teniendo entre sus manos las de aquella joven en el sendero más apartado del parque y cuando, después de eso, desaparece súbitamente sin dar explicaciones a nadie..., ya sabemos lo que significa, a menos que tú no lo sepas.

-¿Quién imaginó todo eso?, preguntó Lisbeth mientras Fanny se

detenía un instante para respirar.

-No te enojes, querida, pero dime la verdad. ¿Te propuso matrimonio?

-¡No!

-Entonces, ¿lo hará?

-Creo que ahora jamás lo hará.

-Me sorprendes, murmuró Fanny, todavía intranquila pese a parecer aliviada de un enorme peso. Pero lo amas, ¿verdad?, preguntó tras un momento de vacilación.

-¡No!

Las jóvenes permanecieron un momento sin hablar, pero el corazón de una de ellas latía con violencia y las sombras del crepúsculo ocultaban, en el rostro de la otra, la expresión de una sincera alegría.

-Explícate, Lisbeth. Algo ocurrió entre tú y él, lo adivino y necesito saber qué es.

Lisbeth comprendió que había llegado el momento de tranquilizar a su amiga.

-No sé si Sydney me amó, pues jamás me dijo una palabra, pero me habría apenado que se engañase acerca de mis sentimientos. Creí preferible hacerle comprender, sin, esperar, que yo no lo amaba ni lo amaré nunca.

-¿Hiciste eso, tú?

-¡Oh! Fue muy fácil: una simple alusión, que él comprendió en seguida... No creas que le destrocé el corazón. No hizo la menor objeción, y yo no soy responsable de su partida: decidió ese viaje antes de nuestro último encuentro.

-Hiciste mal, Lisbeth. Estoy segura que te ama, o, al menos, se encuentra a punto de amarte. ¿Por qué lo rechazaste? ¿Pensaste en la felicidad que podía brindarte?

-¡Se la brindará a otra!, dijo Lisbeth con una alegre indiferencia que puso fin a todas las angustias de Fanny.

Esta última estaba tan aliviada por comprender que su amiga no intentaba quitarle a aquel que amaba, como lo había temido, que en ese momento le habría obsequiado todos los tesoros del mundo, y sintió tinas terribles ansias de confesarle lo que creía ser aún su secreto. Pero se contuvo y estrechando la mano de Lisbeth, le dijo:

-¡Quisiera que seas feliz, querida! ¡Si supieras cómo deseo que encuentres el buen esposo que mereces!

-¡Yo también lo deseo!

El acento con que Lisbeth pronunció estas palabras era tan triste que Fanny lo percibió a pesar de su alegría y permaneció un instante turbada. Al pensar que su amiga era menos dichosa de lo que aparentaba ser, la acometió una duda. ¿Conocería también ella, acaso, la amargura de una decepción?

-Tienes un secreto, Lisbeth. ¿Por qué no me lo dices?

Lisbeth levantó la cabeza sonriendo. Sentía renacer en su amiga el afecto que otrora las había unido y que la presencia de un hombre había estado a punto de destruir para siempre.

-Soy feliz de verte feliz, dijo sencillamente mirando a Fanny a los

ojos. Su rostro tenía una expresión tal que, de pronto, Fanny adivinó la verdad.

-¡Oh, querida mía! ¿Es posible? ¿Por cariño hacia mí has rechazado a Sydney?

Lisbeth no tuvo necesidad de contestar. Sus besos, más elocuentes que las palabras, expresaban los sentimientos que desbordaban de su corazón y que decían, mejor que cualquier frase:

No podía permitir que un enamorado separase a dos amigas como nosotras.

FRENTE A LA ADVERSIDAD

Una lluviosa tarde de primavera Lisbeth llegó a la casa de los Shaw y encontró a Maud con el rostro alterado, sentada en los últimos peldaños de la escalera.

-¡Cuánto me alegro de verte, Lisbeth! Nadie quiere decírmelo, pero aquí están ocurriendo cosas horribles, exclamó la niña arrojándose hacia ella.

-No te asustes tanto, Maudie. No debe de ser tan terrible, dijo Lisbeth sospechando que algo grave sucedía, pero queriendo tranquilizar a la chiquilla. Tal vez tu madre está algo indispuesta, o Tom cometió algún disparate.

-¡No! ¡Es peor que eso! Cuando papá volvió, subió a la habitación de mamá y le habló durante mucho tiempo ... Después oí que mamá sollozaba fuerte ... Fanny me prohibió entrar, tenía un aspecto extraño, nunca la vi así ... Y cuando llegó Tom quise decirle todo, pero me rechazó gruñendo: "¡Déjame en paz, nena!".

Y Maud continuó llorando mientras Lisbeth, sentándose a su lado, trataba de calmarla. De pronto se abrió la puerta del comedor dejando pasar la cabeza de Tom. Un simple vistazo bastó para comprobar que su aspecto, habitualmente tan pulcro. presentaba señales de profunda alteración. Tenía el nudo de la corbata corrido hacia un lado, los cabellos revueltos y sus rasgos manifestaban una extraña expresión, en la que se entremezclaban la excitación, la vergüenza y la angustia. Su voz traicionaba también su turbación, pues en vez de las acostumbradas palabras de bienvenida con que solía saludar a Lisbeth, le dijo rápidamente:

-Estoy en una situación espantosa ... Manda a la niña a su cuarto y ven, te lo diré todo ...

Maud enjugó sus lágrimas, fijó en Tom sus ojos llenos de asombro y murmuró al oído de su amiga:

-Después me lo dirás, ¿verdad?

-Si puedo, sí, respondió Lisbeth mirando a Maud alejarse con una docilidad poco habitual. Luego entró en el comedor, El trágico rostro de Tom y su agitación le infundieron casi miedo, pero se sentía dichosa que él la necesitara, como en el lejano tiempo de su niñez.

-Adivina lo que me pasa, le espetó en cuanto hubo cerrado la puerta tras ella.

-;Mataste tu caballo?

-¡Peor que eso!

Lisbeth trataba de imaginar lo que podía haberle sucedido a este feliz mortal y palideciendo, exclamó:

-¿Triz te dejó por otro?

-¡Mucho peor!

-¡Oh, Tom! ¿No mataste a nadie?

-¡Estuve a punto de matarme a mí mismo, pero no lo hice, como puedes ver!

-No me dejes con esta duda, Tom. Muero de inquietud. ¿Qué te ocurrió?

-¡Me expulsaron!

Al pronunciar semejante respuesta, Tom miró a Lisbeth para ver cómo la tomaría. Con gran sorpresa de su parte, observó en ella un gesto de alivio.

-Está mal, muy mal, ¡pero pudo haber sido peor!

-¡Es lo peor!, vociferó Tom, caminando por la habitación cono un oso cautivo.

-¡No derribes las sillas y ven a sentarte a mi lado!

-¡Es imposible! ¡No puedo permanecer quieto!

-Entonces, sigue. Pero dime, ¿te han expulsado realmente? ¿Es acaso irremediable? ¿Qué hiciste?

-Una simple reyerta con un celador. Lo empujé un poco.

Cayó y se lastimó. Si hubiese sido mi primer delito, habría una solución, pero no es el primero... ¡Esta vez se acabó!

-¿Qué va a decir tu padre?

-¡Le resultará violento! Y lo peor es que...

Tom calló y permaneció unos instantes en el medio de la habitación con la cabeza gacha, como si lo que debía decir fuese inconfesable, aun para la dulce Lisbeth. Luego soltó toda la verdad en un solo aliento y se apoyó contra la pared, dispuesto a afrontar cualquier eventualidad.

-Debo sumas considerables de dinero y papá no lo sabe ...

-¡Oh, Tom! ¿Cómo es posible?

-Me porté como un loco. Lo reconozco y lo lamento, pero es inútil. Tengo que decírselo a mi padre y..., ¡no puedo!

-Se enfadará mucho, pero en cuanto calme su ira, te ayudará. Estoy segura. Fanny me dijo que siempre lo hace.

-¡No, todavía no sabes todo! Muchas veces ya pagó mis cuentas, pero la última vez me dijo que ya no lo haría más. Llegó al término de su paciencia y también de su dinero. Sufrió graves pérdidas en sus negocios. No sé exactamente de qué se trata ... Un asunto con los bancos ... Sé que en estos momentos su situación es difícil. El día que me lo dijo, yo había tomado buenas resoluciones..., ¡y hoy, ya me ves!

Lisbeth miraba con sorpresa al desolado muchacho.

-¿Cómo pudiste gastar tanto dinero?, le preguntó.

-¡Que me cuelguen si lo sé! Lo cierto es que no poseo un centavo ni

tengo medios para conseguir algo, a menos que arriesgue a probar mi suerte en el juego.

-¡Oh, no! ¡No hagas eso!, exclamó Lisbeth.

Y después de un instante de honda meditación, agregó:

-¡Vende tu caballo!

-¡Ya lo vendí! Y no alcanza.

¡Oh, Tom! ¿Cuánto debes, entonces?

Tom arrojó sobre las rodillas de Lisbeth un trozo de papel arrugado, cubierto de números y manchas.

-Aquí tienes, dijo. ¿Es una buena suma, verdad?

La joven miró solamente el total y se retorció las manos, pues para su inexperiencia, era una cantidad impresionante.

-¡Comprendo ahora por qué no te atreves a decírselo a tu padre!, murmuró.

-¡Preferiría morir! Dime, Lisbeth, ¿no podrías, tú, hacerle comprender?

-¿Pretendes enviarme a hablarle en tu lugar?, exclamó Lisbeth con una mirada que si Tom la hubiese visto, le habría demostrado que tiernos ojos azules también pueden lanzar relámpagos. Pero Tom no la vio; apoyado contra la ventana, murmuraba en voz baja:

-¡Te quiere tanto! De ti lo aceptaría todo. Empieza tú la confesión y yo la terminaré.

Lisbeth se levantó y en ese momento Tom vio su rostro.

-¿No te parece que es una buena idea?, le preguntó vacilante.

-¡No!

-¿Por qué? Le gustará que tú le digas esas cosas gentilmente, mientras que yo ...

-¡No!, rotundamente no. Sé que preferiría que su hijo le diga valientemente la verdad en vez de mandar a una chica a hacer en su lugar lo que no se atreve a hacer él mismo.

Si Tom hubiese recibido un par de bofetadas, sus mejillas no se habrían puesto más encarnadas. Ordenó secamente:

-¡Quédate aquí, Lisbeth!, y salió despavorido de la habitación.

Lisbeth volvió a sentarse, turbada y satisfecha al mismo tiempo. "Creo que tuve razón", se dijo. "El señor Shaw es muy severo para el pobre muchacho..., pero no puede soportar verlo conducirse con tanta cobardía. ¡Dios mío, qué sería de nosotros si Will cometiese semejantes disparates! ¡Felizmente es pobre!"

Le llegó un eco de voces procedentes del escritorio. Permaneció inmóvil en su silla, terriblemente intranquila por lo que podían decirse esos dos hombres que se comprendían tan mal.

Sin embargo, no alcanzaba a oír aquellos temibles gritos del señor Shaw, que tanto la amedrentaban, sino por el contrario un largo murmullo confuso e ininterrumpido. Y no era la voz de Tom.

Siguió un súbito silencio, y el ruido de la lluvia que caía sobre los tallos tiernos del jardín llenó su espera de angustia.

De pronto la voz de Tom se elevó, clara -¡Voy a buscar a Lisbeth!

La puerta se abrió y la joven lo vio entrar tan pálido y alterado que se alarmó.

-Ve tú a hablarle, yo no puedo más, murmuró.

-¡Oh, Tom!, ¿qué ocurre?, exclamó Lisbeth con una voz tan llena de lágrimas, que apenas se atrevió a pronunciar estas pocas palabras.

Tom respondió desesperado sin levantar la cabeza: -¡La quiebra! ¡Estamos arruinados!

Lisbeth se aferró al respaldo de la silla de Tom. La palabra "quiebra" tenía para ella un sentido muy vago, pero la sumía en un abismo de espanto.

-Mi padre hizo todo cuanto le fue posible, me ha dicho, pero la fatalidad se ensañó con él. Sus negocios han sido envuel tos en la quiebra del banco donde tenía su dinero... Para mi padre es una quiebra honrosa, pero de todas maneras es la ruina. -Ésa es la razón por la cual Maud se afligía, hace un rato, y por la que Fanny...

-¡Oh! ¡Las chicas no tienen por qué afligirse! Están al abrigo de las necesidades. La dote de mamá está intacta; mi padre me dijo que no quiso perjudicar a sus hijas y soportó él solo todos los riesgos. Hizo bien, ¿verdad?

-¡Oh! ¡Si yo pudiese hacer algo por él!

-¡Puedes! Vete a verlo y sé buena con él. ¡Tú sabes cómo actuar y él está solo, aquí! Yo no puedo. Solamente soy una carga para él y necesita tanto consuelo...

-¿Cómo recibió el anuncio de tus percances?, preguntó Lisbeth que, por un momento, había olvidado las pequeñas preocupaciones ante las de mayor peso.

-Con una suavidad desconocida para mí. Sólo me dijo: "¡Mi pobre hijo, debemos tolerarnos el uno al otro!".

-Me alegro que no se enfadó.

-Pero es lo que más me entristece, ¿comprendes? ¡En el momento en que yo debiera ser su orgullo y su sostén, sólo le traigo mis deudas y mi desdicha, y no me hace ningún reproche!

La cabeza de Tom cayó nuevamente sobre la mesa con una especie de sollozo que el pobre muchacho no pudo reprimir, a pesar de sus esfuerzos.

Pese a sus extravíos, su carácter difícil y su aparente frivolidad, Tom tenía un corazón de oro; aunque en la vida corriente lo ocultara cuidadosamente, en un momento tan trágico como éste su ternura sobresalía sobre sus demás sentimientos. Esto no sorprendía a Lisbeth, pues hacía mucho tiempo había calado hondo el verdadero temperamento de su amigo. Sin embargo, el eco de ese sollozo la turbó más que el anuncio de una docena de quiebras. No pudo abstenerse de extender su mano sobre esa cabeza inclinada.

¡Pobre Tom! La culpa de haber llegado a eso no era toda de él. Nadie lo había amado realmente en su niñez. Más tarde, su novia no había sabido traerle la seguridad de un amor verdadero y fuerte, el único capaz de dar a las cosas su auténtico valor y permitir que un joven indisciplinado aprenda a conducirse como un hombre.

Llevada por sus reflexiones, Lisbeth se sentía en ese instante

dividida entre dos impulsos contrarios. ¿Debía desear que Triz amara a Tom por algo más que por su dinero y supiese ser finalmente la compañera que él necesitaba? ¿Debía esperar que se cansara de él antes de haber pronunciado el "sí" definitivo? ¡Oh! Cómo desearía entonces Lisbeth tomar su lugar y colmar a ese muchacho abandonado con todo su afecto ... Pero apenas hubo brotado en ella esa esperanza, Lisbeth la alejó de su mente y encerró en su corazón el secreto que nadie debía conocer.

No obstante, los pensamientos de amor, aun cuando no están pronunciados, tienen un poder soberano. El dolor de Tom se calmó en seguida bajo la caricia de la manecita afectuosa, los sollozos que sacudían sus hombros se acallaron y algunos hipos ahogados dejaron comprender que todo se arreglaría para él si pudiese enjugar sus ojos sin que nadie lo viese.

Lisbeth lo adivinó, sin duda, pues le deslizó su pañuelo en la mano y le dijo:

-Ahora voy a ver a tu padre.

El señor Shaw se hallaba sentado en su gran sillón, junto a la chimenea donde el fuego estaba a punto de apagarse; tenía la cabeza hundida entre las manos y sólo se veía su cabellera canosa y una espalda encorvada, viva imagen de su vejez, de su soledad y de su aflicción. Fanny miró a Lisbeth, penetró en la habitación y, sin que su padre la oyese caminar, se inclinó hacia él y le rodeó el cuello con sus brazos. En ese momento entró Maud, y sin dar al señor Shaw tiempo para reaccionar, se puso en cuclillas a sus pies, le ciñó las piernas con sus brazos regordetes y murmuró:

-Si tú quieres, papá, tomaré una gran canasta e iré a pedir limosna por las calles ...

Lisbeth escapó en puntas de pie. Era necesario que Tom también estuviese con su padre en aquel instante en que la desdicha reunía, por fin, a los miembros de esta familia que, en el seno del bienestar siempre habían vivido desunidos. Le bastó con hacer una seña y Tom la siguió. Se paró frente a su padre y, con la cabeza inclinada, murmuró:

-Cuenta conmigo, papá, haré lo que pueda ...

Y como si tuviese prisa por poner en ejecución sus buenas resoluciones, se agachó hacia el hogar y juntó los leños dispersos.

El señor Shaw volvió la cabeza. El reflejo de las llamas iluminó sus cabellos entrecanos que, de repente, parecieron aureolados por un halo de luz; las arrugas de su frente se borraron, extendió la mano hacia la puerta y ordenó suavemente:

-Quiero que mi hija Lisbeth se acerque también a mí ...

La joven obedeció y mientras se aproximaba en silencio, el chisporroteo del fuego se mezclaba al crepitar de la lluvia, trasformándose en una suave canción, la canción de los corazones que laten al unísono con tanta fuerza que la adversidad no puede alcanzarlos.

COMO GRANNY

De todos los miembros de la familia Shaw, el que más sufrió esta nueva situación fue Tom.

Nadie habría pensado en criticar a su padre, víctima de un desafortunado golpe del destino y cuyo largo pasado de trabajo era más elocuente que sus actuales sinsabores; pero no ocurría otro tanto con su hijo. Hasta entonces, Tom había vivido rodeado y adulado por un grupo de mentecatos dispuestos a aprovechar las ventajas de su fortuna; pero en cuanto se enteraron de su ruina desaparecieron y lo dejaron solo, haciéndolo objeto de comentarios malintencionados.

Tom se sentía tanto más avergonzado por cuanto reconocía un fondo de verdad en aquellas críticas y, arrepentido, se encerró en su habitación negándose a ver a nadie. Se sumió en un deprimente estado de desesperación que tal vez no habría podido dominar si no hubiese sentido junto a él un ser aún más débil: su madre. A su lado descubrió un nuevo sentido de la vida y al saber que todavía podía ser útil a alguien, recuperó un poco de ánimo.

Pero había de llegar el día en que Tom sintiese que toda la tierna solicitud que consagraba, a su madre no alcanzaba para llenar su vida, y comprendió que en tales circunstancias un muchacho de su edad debía hacer algo mejor que abandonarse al holgorio permaneciendo ocioso en un hogar confortable.

La primera vez que pensó en ello fue una mañana en que, apoyado en la ventana del comedor, miraba a su padre encaminarse a su oficina. Un rayo de sol caía sobre los hombres del anciano caballero, iluminando su silueta encorvada, sus cabellos casi blancos. Tom comprobó entonces cuánto había envejecido su padre en tan poco tiempo y, de pronto, le pareció imperdonable dejarlo ir solo hasta el escritorio donde, durante todo el día, habría de hacer frente a sus acreedores, discutir con hombres de leyes, defender hasta el último céntimo de una fortuna que ya no le pertenecía.

Tomó su sombrero y salió corriendo. Al verlo acercársele, su padre no pareció sorprendido. Apoyó el brazo sobre el suyo y Tom sintió que lo agitaba un leve temblor. Tal vez estuvo a punto de hablarle, confesarle su deseo de ayudar a su familia pero la primera persona con quien se cruzaron saludó al señor Shaw con tanta consideración y miró a Tom con tanto desprecio que el pobre muchacho perdió toda su confianza en sí mismo.

Dejó a su padre frente a la puerta, demasiado avergonzado para entrar en su oficina, y pensando que le sería más fácil encontrar trabajo en otra parte fue a ver al padre de Gus, su mejor amigo, para pedirle consejos y apoyo. Pero la acogida que recibió allí terminó de desalentarlo. El poderoso hombre de negocios no demoró en hacerle comprender que no confiaría ningún empleo a un joven sin ninguna experiencia y que, además gozaba de tan mala reputación.

Fue un folpe terrible para el desdichado Tom, que regresó a su casa

más desamparado que nunca, buscando en vano algo en qué ocuparse y sin hallar alguna posibilidad a menos de expatriarse o morir.

Mientras caminaba por la casa preguntándose cuánto dinero necesitaría para ir a Australia, le llegó un eco de alegres voces desde la planta baja. Lisbeth daba a Maud una lección de cocina v ésta, al ver a su hermano, exclamó:

-¡No entres, por favor! ¡La cocina no es un lugar para los hombres!

Viendo la decepcionada expresión de Tom, Lisbeth comprendió que el muchacho esperaba encontrar allí, durante unos instantes, el olvido a sus penas, y después de susurrar al oído de Maud un misterioso: "No lo sabrá", agregó en voz alta:

-Estoy demasiado cansada para batir la mezcla para esta torta, si quieres ayudarme puedes entrar.

-Solía hacerlo otrora para la abuela: tengo experiencia, murmuró Tom, mientras Lisbeth le ataba un delantal alrededor de la cintura y lo instalaba frente a un tazón colocado sobre la mesa.

Estar ocupado constituía un alivio tan grande para Tom que desempeñó con bélico ardor la tarea que se le solicitaba, y Maud se preguntaba, angustiada, si el tazón resistiría a tanta violencia.

-¡Admirable! Para agradecerte voy a plantearte una adivinanza: ¿Por qué las buenas tortas son como los malos muchachos?, exclamó Lisbeth cuando hubo terminado.

-Supongo que batiéndolos se los vuelve mejores ...

-¿Y sabrías decirme en qué se parece la vida a una torta?

-Que no siempre sale buena, murmuró Tom con una voz tan triste que Lisbeth, queriendo a todo precio alegrarlo, se apresuró en agregar con el tono enfático de un predicador:

-En ciertas vidas, hermanos míos, todas las frutas se encuentran encima de la torta, las comemos alegremente y de pronto comprobamos que se terminaron ... En otras, caen en el fondo, las buscamos en vano y cuando las encontramos es demasiado tarde para regocijarnos. Pero en las tortas bien amasadas, las frutas se encuentran repartidas en forma pareja y cada bocado es agradable. Todos hacemos nuestra propia torta, hermanos míos, por lo tanto debemos cuidar que esté bien mezclada, cocida a punto, y comerla con gratitud hacia el Creador, sin glotonería ni desagrado.

-Es un sermón corto, comprensible y nada soporífero.

-Gracias, hermano, y ahora pásame el limón.

Maud y Tom la miraron volcar la mezcla en el molde y deslizar éste en el horno.

-Maud, hay que preparar la crema. Dale a Tom los huevos para que los bata; parece que el trabajo le sienta muy bien.

-Es verdad. ¿Dónde están los huevos? ¿Sábéis, chicas? Ayer me encontré con Syd.

-¿Ha vuelto? ¡Cuánto me alegro! Pero no tenemos aquí bastantes huevos, voy a buscar más ...

Con la rapidez del viento y encantada de haber hallado esta excusa, Lisbeth abandonó la cocina y corrió a la habitación de Fanny para

informarle del feliz regreso.

Maud, a solas con Tom, abandonó la balanza donde pesaba azúcar para preguntar seriamente.

-¿Estás al corriente de todo, verdad?

-En forma incompleta, respondió Tom con modestia.

-¡Oh, yo también!, repuso Maud con idéntica humildad. Pero había en su mirada un destello de malicia que llamó la atención de su hermano. El tema le interesaba más de lo que se atrevía a confesarlo, y bastaron a Tom algunos cumplidos acerca de la perspicacia de las chicas en general y la de Maud en particular, para obtener que ésta le dijese todo lo que sabía. Era poca cosa, pero de ello se desprendía que el nombre de Arturo Sydney producía siempre un efecto extraordinario en Fanny así como en Lisbeth.

-¿Notaste cuál de las dos parece alegrarse más al hablar de él?

-No sé. Me parece que Lisbeth. Casi siempre es ella quien lleva la conversación a ese tema y siempre tiene aire muy excitado.

-¡Cállate! ¡Ahí viene!, dijo Tom, quien, súbitamente, se puso a bombear agua con tanta fuerza como si se hubiese incendiado la casa.

Lisbeth regresaba con las mejillas encendidas, los ojos brillantes, pero sin traer un solo huevo.

Tom la observó por encima del hombro, notó ese detalle y dejó de bombear con la misma brusquedad con que había comenzado. Algo en su mirada alarmó a Lisbeth que entonces se puso a rallar nuez moscada con tanto vigor que el rubor de sus mejillas pareció natural. Sentía un cambio en el ambiente, pero nevó que Tom estaba cansado y lo despidió, dándole una ramita de angélica en pago de su ayuda.

Tom fue a encerrarse en su guarida, pero el sabor de la angélica no debió parecerle tan grato como de costumbre; permaneció largo rato inmóvil y pensativo, con la mirada errante más allá del libro que había colocado sobre sus rodillas.

A la mañana siguiente, cuando bajó a tomar el desayuno fue recibido por un "¡Feliz cumpleaños, Tom!", que por cierto no esperaba. Todos le hicieron regalos, menos costosos sin duda que los que tenía costumbre de recibir, pero a sus ojos tenían un valor muy superior, pues sabía qué privaciones habían causado y cuán poco merecía él tales pruebas de afecto.

Lisbeth llegó por la tarde, para tomar el té, y cuando todos estuvieron reunidos alrededor de la mesa, apareció otra sorpresa: una gran torta en la que el nombre de Tom aparecía escrito con letras blancas y en el centro de la 0 se hallaba un pimpollo de rosa apenas entreabierto.

-¿,Quién la hizo?, preguntó Tom, conmovido por esta reminiscencia de una niñez feliz que ahora le parecía muy lejana.

-¡La hiciste tú, tú mismo! ¡Y era tan divertido verte batir la pasta sin que sospecharas nada! Cada vez que abrías la boca, yo temblaba, y Lisbeth te hacía sermones y te planteaba adivinanzas para hacerte callar ...

-Debo ser bobo, y mucho, porque no sospeché nada. E incluso necesito que me digan quién tuvo la idea de hacer esta torta de

cumpleaños tan parecida a las que me hacía Granny.

-Fui yo, dijo Lisbeth ruborizándose.

-¡Podríamos cortarla!, exclamó Tom, demasiado emocionado para tener hambre, pero sintiéndose obligado a hacer los honores de la torta a todo precio.

Lisbeth cortó cuidadosamente los trozos y poniendo el más grande en uno de los platitos chinos del juego de loza de Granny, le agregó el pimpollo de rosa y lo tendió al héroe de la fiesta con una sonrisa que equivalía a muchas palabras.

El rostro de Tom se iluminó al tomar el plato y después de observarlo tan minuciosamente que asombró a todos los comensales, dijo aliviado:

-Las frutas confitadas están repartidas con regularidad en toda la masa. El mérito corresponde a Lisbeth y ella merece la rosa.

Uniendo la acción a las palabras, y con más galantería que habilidad, Tom colocó la flor en los cabellos de la joven. Lisbeth sonrió de su torpeza: una espina le arañaba la frente, una hoja le cosquilleaba la oreja y la rosa estaba torcida, pero no quiso cambiar nada.

Terminaban alegremente de comer la torta cuando llegó la correspondencia de la tarde. Había dos cartas para Tom. Se apoderó de ellas y se refugió en seguida en la hondura de su guarida. Transcurrió media hora, y otra media hora más, pero Tom no volvía. El señor Shaw se retiró a su escritorio, su esposa y Maud subieron a sus habitaciones, Fanny y Lisbeth quedaron solas, preguntándose ansiosamente qué malas noticias habría recibido Tom.

De pronto una voz gritó: "¡Lisbeth!", y la joven se sobresaltó como si el rayo hubiese caído a sus pies.

-¡Ve pronto!, gritó Fanny, empujándola.

Lisbeth obedeció sin decir una palabra, pero se detuvo largo rato turbada frente a la puerta de la guarida como si, espantada por su ocupante, no se atreviese a entrar. ¿Por qué Tom no había llamado a su hermana? ¿Qué quería de Lisbeth?

-¿Me necesitas?, preguntó ésta tímidamente, entreabriendo la puerta.

-Sí. No adoptes esa actitud de espanto. Entra, quiero mostrarte un regalo que acabo de recibir y preguntarte si estás de acuerdo para que lo acepte.

-¿Qué sucede, Tom? Pareces trastornado ...

-¡Ya estoy mejor! ¡Gracias! Lee esto y dime lo que piensas.

Tom tomó una carta de la mesa, la deslizó entre las manos de Lisbeth y empezó a caminar a grandes pasos por la habitación.

Mientras la joven leía esta breve misiva, sus mejillas palidecían y sus ojos parpadeaban como si estuviese a punto de llorar. Cuando terminó, arrojó el papel al suelo y exclamó con ira:

-¡Es una chica sin corazón! ¡Eso es lo que pienso!

-¿Qué? ¿Qué carta leíste?, replicó Tom atónito.

-¡Lo lamento! Tomé la que me diste...

-No tiene importancia. Mañana lo sabrá todo el mundo.

-Comprendo que te sientas trastornado, dijo Lisbeth, tan pálida que Tom le acercó un sillón para hacerla sentar.

-En otros tiempos, en mis preocupaciones, acudía a Granny ... Ella ya no está, pero en cierto modo, tú la reemplazas, Lisbeth ... ¿Puedo pedirte que te sientes en este sillón y escuches lo que yo le diría si ella estuviese todavía entre nosotros?

Diez minutos antes Lisbeth habría accedido a este pedido sin sentirse molesta. Pero ahora, después de haber leído aquella carta, todo le resultaba diferente. Beatriz rompía su noviazgo, devolvía vilmente su libertad a Tom porque él había perdido su fortuna, y en su maldad no disimulaba siquiera su falta de consideraciones hacia él. Esto demostraba que Triz no tenía corazón, pero significaba también que ahora Tom estaba libre.

Tal suceso modificaba todas las relaciones entre Tom y Lisbeth, y ella habría preferido estar muy lejos de allí en vez de tener que escuchar las confidencias de su amigo. Sin embargo, dijo, sentándose en el sillón que se le ofreció.

-Haré cuanto pueda, pero no me es posible sustituir a Granny.

-Puedes hacerlo mejor que nadie. Mi padre tiene bastantes problemas sin que yo le presente los míos; mamá se cansa cuando le hablan; Fanny carece por completo de espíritu práctico. ¿Quién me queda si no mi otra hermana, Lisbeth? Esta segunda carta te regocijará bastante para que me perdones el fastidio que te ocasiono pidiéndote que me escuches.

Mientras hablaba, Tom tendió a Lisbeth otro pliego y luego, discretamente se acercó a la ventana. Empero, mientras la joven leía no pudo evitar mirarla varias veces y cuanto más la cara de la joven se iluminaba, más se ofuscaba la suya.

-¡Oh, Tom! ¡Arturo Sydney es un perfecto caballero! ¿Cómo podrías rehusar su ofrecimiento?

-Estoy totalmente de acuerdo contigo, aunque no puedo aceptar ese dinero en la forma que me lo ofrece. Admito que pague mis deudas, pero en calidad de préstamo, no como regalo.

-Tienes razón ... Pero, ¿cómo harás para devolvérselo?

-Te lo voy a decir.

Tom acercó un taburete al sillón de Granny y continuó:

-Pensé seriamente en marcharme a uno de esos lugares donde se hace fortuna muy rápidamente: California o Australia, por ejemplo.

-¡Oh, no!, exclamó Lisbeth extendiendo la mano con ademán de retenerlo.

-Tampoco a mí me agrada mucho, es claro. Se asemeja a la fuga después de una estafa...

-¡Absolutamente!, repuso Lisbeth con tono convencido.

-Por otra parte, no puedo quedarme aquí. Me conocen demasiado y estoy mal conceptuado. Preferiría empedrar caminos en el desierto que vender bombones a mis amigos. Orgullo mal puesto, ya sé, pero ...

-No, estoy de acuerdo contigo...

-¡Tanto mejor! Escucha la idea que acaba de ocurrírseme. Recuerdo que dijiste a Fanny que tu hermano Ned triunfa en el oeste y lamenta

que Will no quiera ir a trabajar con él. Entonces pensé que si él quisiese...

-Si estás realmente decidido a trabajar en aquella región, se lo pediré gustosa, y me sorprendería que no acepte.

-¡Mi padre se alegraría tanto!, murmuró Tom, y Lisbeth no pudo reprimir una sonrisa.

-Es curioso que existan personas que han vivido durante muchos años bajo el mismo techo sin conocerse y sólo empiezan a apreciarse después de haber sufrido juntas.

Permanecieron un instante silenciosos. Bajo sus párpados entornados, Lisbeth miraba las manos de Tom que arrugaban la carta que acababa de levantar del suelo.

-¿Te sorprendió mucho?, preguntó apretando entre sus dedos la informe bola de papel.

-¡No!

-¡Pues a mí, sí! Al enterarme de la quiebra propuse a Triz recuperar su libertad y se negó. Semejante rasgo me conmovió, pues nada hay más reconfortante para un hombre que ver que una mujer le es fiel en las horas nefastas. Pero Triz quería, sin duda, sólo asegurarse que nuestra ruina era total. Cuando lo supo, no vaciló más. Sus frases "No quiero ser una carga", "Sacrificaré mis esperanzas", "Siempre seré tu mejor amiga" son una manera apenas velada de decirme "Amaba tu dinero, no a ti".

-Admiro tu filosofía en esta prueba, dijo Lisbeth al comprobar que si bien el noviazgo de Tom quedaba roto, no ocurría lo mismo con su corazón.

-Para decirte la verdad, Lisbeth, siento hace tiempo que las cosas no marchan bien entre Triz y yo. Su elegancia y su gracia me deslumbraron, pero más allá de eso, no hallé en ella nada. Le deseo que encuentre a alguien capaz de contentarse con tan poco y sea feliz con él. Eso es todo.

-Es muy noble de tu parte, murmuró Lisbeth con calma, aunque para representar el papel de abuela lamentaba no tener una cofia y anteojos tras los cuales ocultar sus sentimientos.

Tom se levantó bruscamente como si el taburete se hubiese roto bajo su peso.

-No tenemos que pensar más en ella. Hoy descubrí que Syd es un verdadero amigo..., y esto vale más que una novia frívola. Si alguien merece ser feliz, es él, y sacrificaría con gusto mi dicha si ello bastase para asegurar la suya.

Lisbeth sabía que Fanny no había hecho ninguna confidencia a su hermano y temía revelar un secreto que no le pertenecía. Prefirió terminar esta conversación en que se multiplicaban las trampas, y se levantó diciendo:

-Esta misma noche escribiré a Ned.

-Gracias. No sé cómo agradecerte todo lo que haces por mí. Puedes decir a mis hermanas todo lo que sabes respecto a Triz, me harías un favor y me ahorrarías explicaciones inútiles.

Lisbeth le tendió la mano y lo miró a los ojos con tan firme

esperanza que, incapaz de dominarse, el joven se inclinó hacia ella y la besó en la mejilla.

Lisbeth bajó precipitadamente la escalera olvidando todo lo que tenía que decir a Fanny. En la sombra del hall, el corazón le latía con violencia mientras se preguntaba por qué la insólita actitud de Tom no la indignaba. Púsose a toda prisa su sombrero y huyó, con el propósito de no volver a representar el papel de abuela antes de tener los cabellos blancos.

LA QUE NO SE ATREVÍA

Lisbeth escribió, Ned contestó y después de muchas cartas y muchos proyectos, Tom se marchó al oeste.

Todos estaban de acuerdo en reconocer las ventajas de esta solución, pero ello no impedía a su madre y a sus hermanas, mientras preparaban sus valijas, verter algunas lágrimas y formular votos fervientes para un mejor porvenir.

Tom se marchó en los últimos días de mayo. A fines de junio Lisbeth regresó al seno de su familia para pasar las vacaciones. Maud acompañó a Bella a una playa y Fanny quedó con sus padres para trasladarse con ellos a la antigua y silenciosa casa heredada de Granny. Tal vez no habría tenido el valor de pasar todo el verano en la ciudad si dos amigos no le hubieran venido en ayuda: en primer lugar Sydney, cuyas visitas se hacían cada vez más frecuentes; luego, Lisbeth quien, diariamente le enviaba largas cartas colmadas de todo el afecto, alegría y palabras alentadoras que su cariñoso corazón le sugería.

Cada semana llegaba también una carta de Tom, dirigida a su madre. Eran misivas breves y apresuradas, poco explícitas, pero Fanny encontraba siempre en ellas alguna información que trasmitía en seguida a Lisbeth. Ésta, por su parte, copiaba todos los pasajes de las cartas de Ned que podían interesar a la familia de Tom y, reuniendo así las noticias dadas por los dos corresponsales, se sabía fácilmente que Tom se encontraba bien, animado y trabajaba empeñosamente.

Es curioso que, a pesar de la enorme cantidad de papel que Lisbeth garabateó ese verano, no se podría haber dicho gran cosa respecto a ella. Sus numerosas cartas sólo hablaban de los suyos. Fanny no se preocupaba por eso. Creía conocer toda la vida de su amiga gracias a ese voluminoso intercambio de co rrespondencia, y cuando Lisbeth regresó, después de las vaca ciones, se sorprendió mucho al verle un aspecto tan desmejorado.
-Me alegro verte tan bien, Fanny. ¿Todo marcha según tus deseos?

Pero Fanny también debía de haber cambiado durante aquel verano, porque no aprovechó la ocasión para exteriorizar con detalles

Librodot

la causa de su dicha y sólo le dijo:

-Antes de contestarte, déjame hacerte una pregunta. ¿Nunca lamentaste no haber proseguido tu amistad con Sydney?

-¡Nunca! ¡Ya lo sabes! ¿Por qué me lo preguntas?

-Porque hay algo que no anda ... No trates de ocultármelo. Tu mirada es idéntica a la que me reflejaba mi espejo cuando yo creía que Sydney te amaba. Perdóname, Lisbeth, querría ser tan leal contigo como lo fuiste tú conmigo, si es posible; y tan generosa, si es necesario.

El rostro de Fanny reflejaba en ese momento la voluntad sincera de no mostrarse inferior a su amiga. Se sentía dispuesta a sacrificarse por ella. Lisbeth lo comprendió y exclamó con vehemencia:

-Te digo que no lo amo. ¡Aunque fuese el único hombre sobre la tierra, no lo amaría!

-Entonces, si no es él, es otro. Lisbeth, bien podrías confiarme tu secreto, puesto que yo no los tengo para ti.

La frase quedó sin respuesta y esa negativa a contestar tranquilizó a Fanny. Rodeó con sus brazos el cuello de su amiga y le preguntó con su voz más cariñosa.

-¿Dime, mi Lisbeth querida, lo conozco?

-Lo has visto.

-¿Es muy inteligente, muy guapo, muy bueno?

-¡No!

-Debería serlo, ya que lo amas, exclamó Fanny, y esforzándose por volver hacia ella el rostro que Lisbeth se obstinaba en ocultar, agregó: ¿No es un muchacho malo, al menos?

-Me gusta y no le exijo más.

-¡Oh!, dime algo más, te lo ruego... ¿Te ama?

-¡No!, respondió Lisbeth con voz grave. Y al mismo tiempo que se libraba del abrazo de su amiga se irguió e imploró con un temblor en los labios:

-¡No me hagas más preguntas, te lo suplico!

-Bien. Me callaré .... no, no me callaré pues tengo unas ansias locas de hablarte de mí. Ahora puedo hacerlo, ya que no lamentas lo de Sydney. ¿Sabes? Vino muy a menudo durante el verano; mucho más a menudo de lo que imaginas. ¡Si supieras cómo bromeaba papá por su asiduidad! No obstante, yo era feliz. No habría venido con tanta frecuencia sin motivo, ¿verdad? ¡Y era tan amable, tan atento! Todavía no me ha dicho nada..., pero creo que no me equivoco y espero.

-¡Cuánto me alegro! Ven, siéntate a mi lado y cuéntame...

-En agosto se ausentó por poco tiempo y me escribió algunas cartas. Hay una que quiero mostrarte ... Me dirás lo que piensas de ella ...

La joven abrió uno de los cajones de su escritorio y sacó un manojo de papeles.

-Ah, mira, es una foto de Tom, que recibí la semana pasada. Es buena, ¿verdad? ¡Buen muchacho, trabaja como un condenado! Empiezo a sentirme orgullosa de él ...

Fanny dio la foto a su amiga y continuó buscando en el cajón. No

vio la mirada que Lisbeth fijó en ese retrato, pero notó la extraña entonación de su voz cuando murmuró muy despacio:

-¡No está muy favorecido!

Mirándola de soslayo, Fanny sospechó la verdad. Dejó caer los papeles que tenía en la mano y exclamó, atónita:

-¡Lisbeth! ¿Se trata de Tom?

La pobre Lisbeth se sorprendió tanto que no pudo pronunciar una sola palabra. Pero cualquier palabra hubiera estado de más. Su fisonomía era una confesión, lo mismo que el gesto instintivo que te hizo ocultar la cabeza entre los almohadones, como una avestruz perseguido por los cazadores.

-¡Oh. Lisbeth! ¡Es maravilloso! ¡Nunca lo pensé! ¡Tom es un salvaje! ¡Aún no puedo creerlo; es demasiado hermoso que una joven cono tú pueda amarlo a pesar de todo!

-No pude evitarlo. Traté, pero no pude, Fanny, no pude.... dijo una vocecita temblorosa que surgía de entre los cojines.

Esta frase fue seguida por ¡ni silencio. Las dos jóvenes, estrechamente abrazadas, cedían al impulso de una misma emoción. Sin embargo, ese silencio no podía durar mucho tiempo. Fanny, rebosante de curiosidad y de alegría, acribilló con preguntas a la humilde y pesimista Lisbeth.

-No lo creas. Nunca ocurrirá, afirmaba ésta.

-¿Por qué? ¿Quién podría impedirlo? -María Bailey, fue la trágica respuesta.

-¿Qué dices? ¿Quién es esa chica? ¡No se casará con Tom!

¡Te lo prometo! ¡Prefiero matarla!

-¿Tom nunca te habló en sus cartas de María?

-Algunas veces, pero en tono de broma. Jamás pensé que ...

-Ned escribe cartas mucho más largas que Tom. Habló varias veces de María. Se aloja en la casa de sus padres y la ve con frecuencia. Le pregunté cómo es y me la describió elogiosamente, agregando que Tom se interesaba por ella. Te confieso que recibí un golpe, Fan, pues desde que Beatriz había roto con él abrigaba algunas esperanzas ... , pocas, no muchas; ¡pero me sentía dichosa! Desde aquella carta de Ned, renuncié a toda esperanza y entonces comprobé en qué forma me había dejado llevar por esa ilusión... ¡Fue un vacío horrible en mi vida, Fan!

-¡Qué estúpida fui de no adivinarlo antes, querida Lisbeth! ¡Veía que eras buena con él, pero lo eres con todos! ¿Cómo pudo enamorarse de esa María? ¡Ah. si estuviese cerca, no tardaría en hacerle cambiar de parecer!

Lisbeth la interrumpió bruscamente.

-Por favor, te lo ruego, ¡te lo prohíbo! Si con una sola palabra, una mirada o la menor insinuación dejaras adivinar a Tom o a quien fuese un secreto que nadie debe conocer, yo..., ¡sí! yo gritaré a todos los vientos que tú amas a Sydney!

Lisbeth no terminó su frase pues la mano de Fanny le cubría la boca y su voz asustada afirmaba:

-No, no lo diré ... No diré nada a nadie, te lo prometo. Pero cálmate,

me asustas...

-¡Oh, Fan, es tan horrible amar a alguien que no nos ama!... Si supieras... Con sólo pensar que pueda conocer mis sentimientos, me enfermo de vergüenza ...

-Todo se arreglará para ti, querida mía... Estoy segura que si Tom no se hubiese ido tan pronto después de haberse visto libre de Triz, te habría adorado ... Pero, aunque sea mi hermano, no puedo admitir que sea digno de ti, Lisbeth, ni comprendo que lo ames... ¡Tú, que has conocido personas muy superiores a él!

-No necesito una "persona superior".

Era una lástima que Tom no pudiese ver, en ese momento, la expresión reflejada por el rostro de Lisbeth. Parecía iluminada de ternura y gravedad, mientras una pizca de desafío resplandecía con brillo en sus ojos.

-No sé cuándo empecé a amar a Tom, pero al notarlo me sorprendí tanto de ello como lo estás tú ahora. Creía verlo simpático al mismo tiempo que lo hallaba extravagante, negligente, temerario y snob. Sin embargo, me fastidiaba Triz, que hacía tan poco por él cuando pudo haberlo ayudado tanto ... Creo que sus flaquezas frente a ella me revelaron mis propios sentimientos. No quiero decir que Tom sea débil; lo odiaría si así fuese. Pero se deja manejar por sus afectos y la mujer con quien se case tendrá gran influencia en él.

Lisbeth calló un instante para contemplar la fotografía donde el rostro sonriente de Tom parecía aprobar todas sus palabras, y agregó con un leve suspiro:

-Espero que María Bailey sea la mujer que él necesita.. No podría soportar verlo traicionado por segunda vez.

-¡Opino que se preocupa tanto de ella como de un higo seco! Tú misma inventas todas las dificultades...

Sin embargo, cuando Lisbeth le hubo repetido todo lo que Ned había escrito respecto a María, tuvo que admitir que existían motivos para dudar y estar intranquila.

A fin de saber a qué atenerse, Fan le propuso preguntar a su hermano, en su próxima carta, cómo le iba en su vida sentimental.

-Acepto, le dijo Lisbeth, con la condición que me dejes leer tu carta antes de enviarla. No te tengo mucha confianza.

Luego la conversación cambió de tema y sólo giró acerca del muy noble y perfecto Arturo Sydney.

Fanny temió por un momento que el regreso de Lisbeth fuese un obstáculo para su dicha, pero pronto se dio cuenta que no tenía nada que temer. Sydney manifestaba tan sólo una cordial camaradería hacia la que lo había turbado alguna vez, y aquel amor naciente, interrumpido antes de echar raíces, había cedido su lugar a un sentimiento mucho más tranquilo y firme de afectuosa estima.

Fanny se sintió dichosa de ello v lo fue más aún cuando comprobó que Lisbeth, con mucha discreción, espaciaba cada vez más sus visitas. En adelante, Fanny iba a visitarla en pequeña habitación donde, después de terminar sus tareas, la joven pasaba la mayoría de sus veladas sola, perdida en un ensueño del que no lograba siempre

arrancarla la lectura o la labor que se imponía.

En realidad, durante todo aquel invierno, Lisbeth no fue jamás realmente ella misma. Will, intranquilo de verla tan pálida, apagada y deprimida, se esforzaba por distraerla contándole chistes del colegio, hasta el día en que ella colmó su asombro enojándose y riñéndolo. Dedujo que a su hermana le ocurría algo grave, pero no sabía qué hacer. Las noticias del oeste seguían siendo imprecisas. La encuesta de Fanny había tenido respuestas poco satisfactorias. Tom llamaba a María siempre "la encantadora Miss B." y pretendía consumirse de amor sin esperanza, siendo imposible discernir a través de sus enfáticas frases si se trataba de una broma para divertir a su hermana o de una astucia para disimular una temible realidad.

--Si volviese aquí te juro que sabría pronto lo que tiene en la cabeza; pero no regresará antes de dos años...

Para la pobre Lisbeth, este plazo parecía no terminar jamás. Esa larga sucesión de casi ochocientos días se prolongaba ante ella sin otra perspectiva que una absorbente incertidumbre y la hundía en profundo abatimiento. Cuando el porvenir le parecía demasiado desesperante, solía decirse que todas sus esperanzas no estaban perdidas y esta ilusión le daba ánimo para vivir y tener paciencia. En esos momentos sus lecciones y sus alumnas volvían a adquirir cierto interés para ella, su habitación le parecía menos triste para quedarse a soñar y a cumplir sus menudas tareas cotidianas.

EL REGRESO DE TOM

Una tarde de abril Fanny llegó a la habitación de Lisbeth con el rostro tan radiante que parecía imposible que las palabras bastasen para expresar su felicidad. Sin embargo, lo probó diciendo:

-Ya está ... El noviazgo se formalizará el día .... y esta

lló inmediatamente en alegre carcajada exclamando:

-¡No adoptes ese aspecto desdichado! No se trata de Tom... , sino solamente de mí.

-¡Qué chica feliz eres! ¡Pero mereciste tu felicidad! ¡Te costó mucho hacerte digna de Sydney y supiste constreñirte a tantas tareas desagradables para ti, que bien lo mereces...

-Él dice que me ama por eso, murmuró Fan. Me dijo que el año pasado lo decepcioné, pero que todos tus elogios respecto a mí le hicieron reflexionar. En cuanto te hubo olvidado, quiso comprobar si estabas en lo cierto... Volvió a verme..., y te dio la razón ... ¡Oh! Cuando me dijo eso, Lisbeth, apenas podía creerlo. Me reconozco débil, miserable y tonta ...

-Él no puede pensar eso de ti, Fan, ni yo tampoco. Serás la mujer que desea, exactamente como él será el esposo que necesitas.

-¡Es una razón más para que te agradezca no haberlo guardado para ti!, exclamó Fanny riendo con su sonora y prolongada risa de

otrora.

-No veas en aquello más que un minuto de extravío de su parte. Toda la culpa fue de tu capa blanca y mi conducta estúpida, aquella tarde en que te acompañé a la ópera... ¡Tom se alegrará al saber esta buena noticia!

-No se la daré, y te ruego hacer otro tanto.

-¿Por qué?

-¡No puedo explicártelo!, dijo Fanny. Y se marchó a toda prisa sin revelar a su amiga el motivo que la impulsaba a mantener el secreto. Sin embargo, era fácil de adivinar. "Si Tom no quiere decirme sus secretos, no le diré los míos", pensaba Fanny, creyendo vengarse de la falta de confianza de su hermano sin pensar en las posibles consecuencias de este silencio.

Durante los días que siguieron al anuncio de esta gran noticia, Fanny se sentía tan gozosa que no podía mantenerse quieta. Sin cansancio ni tregua hacía largos paseos, y debemos reconocer que sus preferencias ya no se volvían hacia las populosas avenidas de la ciudad.

En esa misma época, Lisbeth permanecía mucho menos en su casa. Se había impuesto un deber y lo cumplía con alegría. Al matrimonio Shaw, que su hija mayor descuidaba, no le bastaban los cuidados aún inexpertos de Maud, y Lisbeth tomó el lugar de Fanny en ese hogar. El señor Shaw, envejecido, pero dueño de una serenidad que los altibajos de la fortuna no lograban alterar, era para ella como un padre. La señora Shaw, al contrario de su esposo, parecía rejuvenecida por el noviazgo de su hija, hecho que constituía para ella el éxito de una de sus mayores ambiciones, y la felicidad que le proporcionaba, mejoraba mucho más su salud que todos los medicamentos que había tomado hasta entonces.

Lisbeth pagaba así una deuda de gratitud contraída desde muchos años atrás con los Shaw, desde el tiempo en que siendo una niña pobre fuera recibida y tratada por ellos como hija propia. Acudía diariamente, en cuanto tenía un momento libre, hacia esta humilde casa donde sabía que siempre la esperaban, y con frecuencia sus bolsillos o sus manos contenían algún regalo, discreto testimonio de su fiel afecto.

Una tarde, a principios de mayo, llegaba trayendo un ramillete de aquellas rosas de color apenas rosado que tanto agradaban a Tom, y su pensamiento vagaba muy lejos, hacia el oeste, preguntándose si María Bailey había descubierto, también, esa preferencia de Tom y si tomaba el cuidado de satisfacerla.

Abrió la puerta del vestíbulo tratando de borrar de su mirada y de su sonrisa todo vestigio de melancolía, cuando divisó a Maud muy excitada, que bajaba la escalera a todo correr profiriendo una avalancha de exclamaciones incoherentes.

-¡Está aquí! ¡Nadie sabía que vendría! Está en el cuarto de mamá y justamente preguntó por ti ... Te oí llegar con tu silencioso paso de laucha. Tienes que subir en seguida. ¡Está tan extraño con sus bigotes! Pero es tan amable, y casi me hizo caer al abrazarme. Tanto

peor para tu sombrero. Déjatelo, no tengo tiempo de esperar. ¿Por qué ocultas esas rosas? ¡Ven. vamos!

-¿De quién hablas?, repetía Lisbeth temiendo engañarse al tomar su esperanza por realidad.

-¡De Tom, pues! ¡De Tom que acaba de llegar de imprevisto! ¿Qué buena idea, verdad? ¡Mira, aquí está! ¿No es guapísimo?, gritó Maud introduciendo a Lisbeth en el cuarto de su madre.

Durante un minuto, todos los objetos parecían girar frente a los ojos de la joven, mientras una mano enérgica estrechaba amistosamente la suya y una voz bronca le preguntaba:

-¿Cómo estás, Lisbeth?

La joven se dejó caer en una silla junto a la señora Shaw, deseando que su respuesta fuese correcta a pesar de su turbación ,y sin saber siquiera lo que había dicho.

Cuando los muebles dejaron de girar en torno de ella y Maud continuaba su inagotable discurso sobre la feliz sorpresa, Lisbeth pudo mirar al recién llegado, alegrándose de estar sentada a contraluz mientras el rostro de Tom se hallaba plenamente iluminado.

El cuarto no era grande y le pareció que el joven lo llenaba totalmente. El rústico y práctico traje de viaje, las gruesas bota, la tez bronceada por el sol y el bigote le daban un aspecto viril que no evocaba para nada al dandy que Lisbeth había conocido algunos meses atrás. Pero el cambio le gustaba muchísimo y escuchó lo que Tom contaba a su padre acerca del comercio en el oeste, con tanta emoción como si se hubiese tratado de la romanza más patética.

Mientas hablaba, Tom no dejaba de mirar a Lisbeth con una sonrisita cordial semejante a la de otrora y, durante un momento, ella olvidó a María Bailey y gozó de una felicidad vecina a la beatitud.

La entrada de Fanny acompañada por Sydney la arrancó a su euforia. La brusca irrupción de estos personajes, cuyo aspecto traslucía los sentimientos con más claridad que una larga descripción, sorprendió en tal forma a Tom que no disimuló su asombro. Parecía tan atónito cuando Fanny le afirmó que su noviazgo era un acontecimiento oficial y real, que todos creyeron que no lo aprobaba. Sin embargo, pasado el efecto de la sorpresa, Tom manifestó tanta alegría y tanto afecto que Fanny se sintió conmovida y halagada.

Su primer gesto después fue volverse hacia Lisbeth, que seguía sentada prudentemente junto a la señora Shaw, en la sombra de las cortinas.

-¿Qué opinas de este desenlace?, le preguntó Tom.

-¡Estoy encantada!, exclamó Lisbeth con un impulso de júbilo tan sincero que Tom no podía equivocarse.

-Espero que te alegrarás al enterarte de otro noviazgo que supongo será también pronto oficial, respondió Tom con una carcajada y, llevándose a Sydney a su cuarto, dejó a las chicas comunicarse por señas la tremenda noticia: "¡Es María Bailey!".

Lisbeth nunca supo cómo logró permanecer un rato más al lado de la señora Shaw ... Pero en cuanto se le presentó la oportunidad, se alejó disimuladamente. En el hall solitario, levantó sus chanclos de

goma y su ramillete de rosas, felizmente ocultado a tiempo. Estaba decidida a regresar a su casa sin que nadie la viese, pero la calma de la planta baja le inspiró una idea menos prudente. Se deslizó en el comedor, donde la atraía el resplandor luminoso del fuego que ardía en la chimenea, y con un gesto infinitamente triste, pero decidido, arrojó en él sus pálidas rosas que en seguida ardieron con un chisporroteo que parecía un reproche. Luego se sentó y tendió maquinalmente sus chanclos hacia las llamas antes de ponérselos. Los pequeños zapatos se deformaban bajo su mirada anegada en lágrimas; no obstante se preguntó si María Bailey tendría pies tan diminutos y si Tom lo habría notado.

En ese preciso instante los chanclos le fueron bruscamente arrebatados de las manos y la voz de Tom se alzó, grávida de reproches:

-¿Pensabas realmente escapar sin pedirme que te acompañe?

-No temo volver sola y no quisiera privar a tu familia de tu presencia.

Lisbeth hubiera querido pronunciar esta frase con tono. alegre y un poco burlón, pero a pesar del gorrito rosado que llevaba y que le sentaba muy bien, ni su mirada ni sus palabras revelaban alegría.

Tom lo notó y le dijo, rápidamente:

-Temo que `hayas trabajado demasiado este invierno, Lisbeth, pareces cansada.

-¡Oh, no! Me conviene estar muy ocupada, y empezó a ponerse los guantes como para confirmar sus palabras.

-Pero a mí no me conviene verte con ese rostro delgado y esas mejillas pálidas.

Lisbeth alzó la vista hacia el que le causaba tanto placer al hablarle de este modo, pero no tuvo tiempo para agradecerlo. Su sincera mirada no podía ocultar toda la verdad. Tom la adivinó, el rubor tiñó el tono bronceado de su rostro y dejando caer los chanclos, se apoderó de las manos de su compañera de infancia con el mismo ímpetu que lo hubiese hecho cuando era todavía un muchacho mal educado, y exclamó:

-Lisbeth, tengo que decirte ...

-Sí, ya sé. .. , murmuró la joven con tina sonrisa triste, más patética que hubiese podido serlo un abundante llanto. Deseo que seas muy feliz, Tom ...

-¿Cómo? ¿Qué dices?

Tom la miraba como si ella hubiese perdido súbitamente la razón.

-Ned nos lo contó todo, y hace un rato, cuando hablaste de noviazgo, Fanny y yo hemos comprendido muy bien que se trataba del tuyo ...

-¡Pero no soy yo! ¡Es Ned! Me encargó decírtelo. Se decidió durante estos últimos días ...

-¿Se casa con María?, exclamó Lisbeth apoyándose al respaldo de una silla para prepararse a recibir el impacto.

-¡Desde luego! ¿Con quién querías que fuese?

-¡No es lo que él decía! Siempre hablaba de ti y pensábamos ...

-¿Que yo estaba enamorado?

-Sí, murmuró Lisbeth, con creciente turbación.

-Es cierto, estoy enamorado, pero no de María.

-¡Oh! -exclamó Lisbeth, respirando con dificultad.

-¿Quieres saber el nombre (le la chica a quien amo desde hace un año? ¿No lo adivinas? ¡No! ¡Pues bien, se llama Lisbeth!

Mientras hablaba, Tom tendía los brazos con muda elocuencia, tan irresistible que la joven se refugió en ellos sin pronunciar una sola palabra. Luego ambos, sin saber cómo se encontraron sentados el uno junto al otro. cerca del fuego. Ton(miraba a Lisbeth en silencio como si le fuese imposible creen' que su sueño se había convertido en realidad: Lisbeth era (lila mujer y por lo tanto. mientras lloraba y- reía de alegría. hallaba el medio de hacer preguntas:

-¿Cómo podía haber adivinado que me querías. Tom. si te marchaste sin decirme nada?

-¿Cómo podía decirte algo. Lisbeth. citando no tenía nada para ofrecerte sino m¡ miserable persona?

-Yo no pedía otra cosa. murmuró ella con un acento ta((convincente que Tom empezó a creer que la raza de los ángeles no se había extinguido todavía.

-¿Podía acaso imaginar que aceptarías el amor de un pobre individuo mal conceptuado por todos, que la misma Triz rechazaba ... cuando tenías a Sydney a tu lado? ¡Un muchacho tan maravilloso! No puedo comprender que no hayas podido amarlo...

-Es extraño, pero las mujeres tenemos gustos raros.

Tom sonrió y su mirada encontró la de Lisbeth. Permanecieron inmóviles durante un largo minuto, olvidando por completo cuanto ocurría en derredor de ellos. Por eso rito oyeron los peldaños de la escalera crujir bajo un paso pesado, no vieron una alta silueta que se perfilaba frente a la puerta entreabierta, v menos aún sintieron posarse en ellos la mirada furtiva que el señor Shaw deslizó por la angosta rendija.

Al descubrir a la pareja de pie frente a la chimenea, el anciano no se sorprendió, sino que sus labios se entreabrieron en una tierna sonrisa. "Tendría que haber sospechado que esto terminaría así", pensó. Luego giró ágilmente sobre sus talones, subió la escalera con una agilidad que no imaginaba ya poseer y viendo a Fanny le dijo alegremente:

--La era de los noviazgos no ha terminado... Pero jamás habría esperado que Tom supiese elegir tan bien...

-¿Fue realmente él quien eligió?, preguntó Fanny con una sonrisa feliz y corrió hacia Sydney para anunciarle la buena nueva que su padre, con idéntico impulso, iba a repetir a su esposa.

Ignorando que su secreto era ahora conocido por todos, Tom y Lisbeth continuaban con sus confidencias a media voz:

-Estaba tan seguro de tu amor por Syd, querida mía, que no podía decir nada, ni siquiera cuando me separaba de ti por tanto tiempo ... No obstante, me costó mucho.... y temí traicionarme ... ¡Pero eras digna de mejor suerte! ¡Chist! Déjame hablar. Creí que estabas

destinada a llamarte señora Sydney hasta el momento en que Fan y él entraron juntos en la habitación, hace un rato. ¡Fue tan inesperado para mí! ¿Por qué no se me dijo nada de todo esto?

-¿Y por qué nos mantuviste engañadas respecto a María Bailey?

-No traté de engañar a nadie diciendo que es una buena muchacha ... Es la pura verdad. En algunos momentos me recordaba a mi Lisbeth. Me agradaba pasar las veladas con ella y lo hice hasta el día en que comprobé que Ned estaba celoso. Entonces, desaparecí ... Son felices y pronto te lo dirán ... Para mí, aumentó un poco la soledad, pero nunca estaba realmente solo porque tu recuerdo me acompañaba.

-¿Es cierto, Tom?

-¿Cómo puedes dudarlo, Lisbeth? ¡Mira!

Tom abrió su billetera llena de papeles de negocio. De un bolsillo interior sacó un pliego usado y amarillento que desdobló cuidadosamente. En el centro del mismo reposaba un pequeño objeto oscuro, mustio, seco y arrugado.

-Es la rosa que habías puesto en mi torta de cumpleaños, la que dejaste caer en mi cuarto, aquella misma noche, cuando viniste a hablarme tan extensa y amablemente. Nunca me ha abandonado después.

Lisbeth tocó la pequeña reliquia y sonrió.

-Nunca te habría creído tan sentimental. ¡Sólo una pequeña rosa sin perfume y sin color, es poca cosa! ¡Tuve más suerte que tú, Tom !

Lisbeth hurgó en el bolsillo de su vestido y sacó una cartulina desteñida que tendió a Tom. Al verla, éste se echó a reír: era la fea foto que al separarse por primera vez, él había arrojado en su compartimiento con una bolsita de maníes.

-La encontré el verano pasado. No sé por qué la he conservado, pues realmente no puedo decir que entonces yo te amaba. Pero al volver a verla, lloré como una niña .... y no tuve valor para separarme de ella. En mis momentos (le angustia, tu sonrisa renovaba mi fe en la vida ... Hoy ...

-Hoy regresé por ti y todavía no me atreví a decírtelo...

-¿Por mí? ¡No me lo harás creer! ¡No sabías que te esperaba!

-Es cierto, no lo sabía. Pero sabía que me necesitabas ...

-¿Quién te lo dijo?

-Nadie. Pero recibí una carta. Una carta de un viejo caballero a quien no conozco y que espero conocer algún día, pues le debo los minutos que acabo de vivir... Un anciano que te quiere con mucha ternura ...

-¿El doctor March?

-Él mismo.

-¡Pero, si no lo sabía! Ni a él quise decir...

-No lo sabía, pero tal vez lo adivinó. Me escribió que estabas desconsolada sin querer confesarlo y que en tus animosas cartas leía entre líneas una gran pena, de amor sin duda... Terminaba discretamente diciendo que le era imposible trasladarse pero que si yo pudiese verte, hablarte, tal vez... Creí que se trataba de Sydney. La

misión se me hizo difícil, pero vine. Durante todo el trayecto maldecía al buen Sydney porque hacía sufrir a una muchacha como tú ... No podía imaginar que el culpable era yo, Lisbeth. Sé demasiado bien que no te merezco, que perdí la fortuna que debería haberte ofrecido y conservé todos los defectos que debiera haber abandonado, pero si me aceptas...

La voz de Tom bajaba de tono a medida que hablaba, Lisbeth apoyó su mejilla contra la rugosa tela de su traje y murmuró:

-No digas eso, Tom querido. No me equivoco al decirte que te amo tal como eres, y mi padrino tampoco se equivocó al confiarte la misión de hacerme feliz...

FIN